

sepulcrales que desaparecían bajo la capa de nieve y que alineaban sus cruces al nivel del suelo. Las únicas sombras eran las nuestras y las de esas cruces. La iglesia estaba resplandeciente de claridad. Nunca he visto semejante luz nocturna. Era aquello muy hermoso, muy transparente y muy frío. No había ido jamás de noche á los cementerios é ignoraba que se pudiera encontrar en ellos aquella especie de luz "que no pesa nada."

P.—¿Es usted supersticioso?

R.—No, señor, soy creyente.

P.—¿En qué estado de ánimo estaba usted?

R.—Muy sano y muy tranquilo, á fe mía, ciertamente, la salida inopinada de la señorita Daé me había turbado al pronto profundamente, pero en cuanto vi á la joven penetrar en el cementerio, pensé que iba á cumplir algún voto en la tumba de su padre, y encontré la cosa tan natural que reconquisté toda mi calma. Estaba sencillamente asombrado de que no me hubiera oído andar detrás de ella, porque la nieve crujía bajo mis pasos. Pero estaba sin duda enteramente absorta en su pensamiento piadoso. Resolví, por lo demás, no molestarla, y cuando llegó á la tumba de su padre, me quedé unos pasos detrás de ella. La señorita Daé se arrodilló en la nieve, hizo la señal de la cruz y empezó á rezar. En este momento dieron las doce de la noche. Resonaba aún en mi oído la duodécima campanada, cuando, de repente, vi á la joven levantar la cabeza; fijóse su mirada en la bóveda celeste, y tendieron sus brazos hacia el astro de la noche... Me pareció en éxtasis y estaba yo preguntándome todavía por qué cau-

sa, cuando yo mismo levanté la cabeza, eché á mi alrededor una mirada atónita y todo mi ser se dirigió hacia lo Invisible. "hacia lo invisible que nos tocaba la música." ¡Y qué música, señor juez! ¡La conocíamos ya! Cristina y yo la habíamos oído en nuestra juventud. Pero jamás, ni en el violín del difunto Daé, había sido expresada con arte tan divino. No pude hacer nada mejor en aquel instante que acordarme de todo lo que Cristina acababa de decir del Ángel de la Música y no supe que pensar de aquellos sonidos inolvidables que, si no bajaban del cielo, dejaban ignorar su origen en la tierra. No había allí instrumento ni mano que condujese el arco. ¡Oh!... recordé la admirable melodía: era la "Resurrección de Lázaro," que Daé nos tocaba en sus horas de tristeza y de fe. Si el ángel de Cristina hubiera existido, no hubiera tocado mejor aquella noche con el violín del difunto ministril. La invocación de Jesús nos arrancaba á la tierra, y casi esperaba yo ver levantarse la losa del sepulcro del padre de Cristina. Me pasó también por la mente que Daé había sido enterrado con su violín, y, en verdad, en aquel momento fúnebre y radiante, en el fondo de aquel pequeño y apartado cementerio de provincia, al lado de las calaveras que nos sonreían con sus mandíbulas inmóviles, no sé hasta dónde fué mi imaginación ni dónde se detuvo.

Pero la música se calló, y yo recobré mis sentidos. Entonces me pareció que oía ruido hacia el lado de las calaveras del osario.

P.—¡Ah! ¿Oyó usted ruido en el osario?

R.—Sí, me pareció que las ca-

laveras se reían entonces con expresión sarcástica, y no pude menos de estremecerme.

P.—¿No pensó usted en seguida que, detrás del osario, podía esconderse el músico celestial que acababa de encantarle?

R.—Tanto lo pensé, señor juez, que no pensé más que en eso y me olvidé de seguir á la señorita. Daé que acababa de levantarse y se dirigía tranquilamente á la puerta del cementerio. En cuanto á ella, estaba tan absorta, que no es extraño que no me oyese. No me moví, con los ojos fijos en el osario, decidido á ir hasta el fin de esta increíble aventura y á conocer su causa.

P.—¿Y qué ocurrió entonces para que se le encontrase á usted, por la mañana, en las gradas del altar mayor?

R.—¡Oh! aquello fué rápido... De pronto rodó á mis pies una calavera... después otra... y otra. Hubiérase dicho que era yo el blanco de aquel fúnebre juego de bolos. Y me figuré que un movimiento torpe había destruido la armonía del montón detrás del cual se escondía nuestro músico. Esta hipótesis me pareció más razonable, cuando vi de repente deslizarse una sombra por el brillante muro de la sacristía.

Me precipité hacia ella. La sombra había ya abierto la puerta y entrado en la iglesia. Tenía yo alas, la sombra llevaba capa, y fui bastante rápido para cogerle una punta. En este momento estábamos, la sombra y yo, juntamente delante del altar mayor, y los rayos de la luna, á través de las vidrieras del ábside caían sobre nosotros. Yo no soltaba la punta de la capa, la sombra se volvió, en-

treabrióse el manto en que estaba envuelta, y vi, señor juez, vi como le estoy á usted viendo, una horrible calavera que asataba hacia mí una mirada en la que brillaban los fuegos del infierno. Creí tener que habérmelas con el mismo Satán, y, ante aquella aparición de ultratumba, mi corazón desfalleció, á pesar de mi valor, y no recuerdo más hasta el momento en que me encontré en mi cuartito de la posada del Sol Poniente.

### VIII.

#### UNA VISITA AL PALCO No. 5.

Hemos dejado á los señores Richard y Moncharmin en el momento en que se decidían á hacer una visita al palco número cinco.

Han dejado detrás de sí la ancha escalera que conduce desde el vestíbulo de la administración á la escena y sus dependencias; han atravesado el escenario y han entrado en el teatro por la puerta de los abonados, y, después, en la sala, por el primer pasillo de la izquierda. Se han deslizado por entre las primeras filas de butacas y han mirado el palco número cinco. Le vieron mal por estar sumido en una semiobscuridad y porque había inmensas fundas echadas sobre el terciopelo rojo del antepecho.

En aquel momento estaban casi solos en la inmensa y tenebrosa nave y rodeábalos un gran silencio. Era la hora tranquila en que los tramoyistas se van á beber.

Los hombres habían abandonado momentáneamente el escenario, dejando una decoración á medio poner; unos rayos de luz (una luz

blanquescina y siniestra, que parecía robada á un astro moribundo) se había colado por no se sabe qué agujero hasta una vetusta torre que levantaba en el escenario sus almenas de cartón; las cosas, en aquella noche ficticia, ó más bien en aquel día mentiroso, tomaban extrañas formas. La tela que cubría las butacas tenía la apariencia de un mar alborotado, cuyas turbias ondas habían sido inmovilizadas instantáneamente, por orden secreta del gigante de las tempestades, que, como todo el mundo sabe, se llama Adamastor. Richard y Moncharmin eran los naufragos de aquella furia móvil de un mar de percalina, y avanzaban á grandes brazadas hacia los palcos de la izquierda, como marinos que han dejado su barco y tratan de llegar á la orilla. Las ocho grandes columnas estucadas se levantaban en la sombra como otros tantos prodigiosos pilares destinados á sostener el amenazador acantilado tripudante, cuyos sostenes estaban asegurados por las líneas circulares y paralelas de las barandillas de los primeros, segundos y terceros palcos. En lo alto, en lo más alto de la roca y perdidas en el cielo de cobre de M. Lenepveu, unas caras gesticulantes reían, se burlaban y se guaseaban de la aprensión de Moncharmin y Richard. Eran, sin embargo, caras muy serias de ordinario, y se llamaban Isis, Anfitrites, Hebe, Flora, Pandora, Psiquis, Tetis, Pomona, Dafne, Clitia, Galatea y Aretusa. Sí, la misma Aretusa y Pandora, á la que todo el mundo conoce á causa de su caja, miraban á los nuevos directores de la Opera, que habían acabado por agarrarse á algún ma-

dero y que, desde allí, contemplaban en silencio el palco número cinco. He dicho que tenían aprensión; al menos lo presumo. Moncharmin, en todo caso, confiesa que estaba impresionado. Dice así textualmente:

Esta "lata" (qué estilo) que se nos estaba dando tan bonitamente desde que tomamos la sucesión de los señores Poligny y Debienne, había acabado sin duda por alterar el equilibrio de mis facultades imaginativas y, bien mirado, visuales, pues bien fuese por la decoración excepcional en que nos movíamos, en el centro de un increíble silencio, bien que fuésemos juguete de una especie de alucinación, muy posible en la penumbra que reinaba en la sala y en el palco número cinco, ello fué que yo vi, y que Richard vió también, una forma en dicho palco. Richard no dijo nada y yo tampoco, pero nos cogimos la mano los dos al mismo tiempo. Después esperamos unos minutos sin movernos, con los ojos fijos en el mismo punto, pero la forma había desaparecido. Salimos entonces y, en el pasillo, nos dimos parte de nuestras impresiones y hablamos de "la forma." Lo malo fué que mi forma no era ni mucho menos la forma de Richard. Yo había visto como una calavera puesta en el antepecho del palco, mientras que Richard había visto una cara de vieja que se parecía á la Giry. Lo cual nos indicó que habíamos sido realmente juguete de una ilusión, y corrimos sin tardar, y riendonos como locos, al palco número cinco, en el que entramos y no encontramos ya forma alguna."

Y, ahora, henos aquí en el palco número cinco.

Es un palco como todos los demás. En verdad, nada distingue este palco de los vecinos.

Moncharmin y Richard, divirtiéndose ostensiblemente y riéndose el uno del otro, removían los muebles del palco, levantaban las fundas y las butacas y examinaban en particular aquella en que "la voz tenía la costumbre de sentarse." Pero no vieron sino que era una honrada butaca que no tenía nada de mágica. En suma, el palco era el más ordinario de los palcos, con su cortina roja, sus butacas, su alfombra y su antepecho de terciopelo encarnado. Después de haber palpado lo más seriamente del mundo la alfombra, y no haber descubierto nada especial por ese lado como por los otros, bajaron al palco de debajo, que correspondía con el número cinco. En este palco, que está justamente en el extremo de la primera salida de la izquierda de las butacas, tampoco encontraron nada que mereciera ser notado.

—¡Toda esa gente se está burlando de nosotros! acabó por exclamar Richard; el sábado se hace "Fausto" y asistimos los dos á la función en el palco número cinco.

## IX

DONDE LOS SRES. RICHARD Y MONCHARMIN TIENEN LA AUDACIA DE HACER CANTAR "FAUSTO" EN UNA "SALA MALDITA" Y DEL ESPANTOSO ACONTECIMIENTO QUE DE ELLO RESULTA.

Pero el sábado por la mañana, al llegar á su despacho, los dos directores encontraron una doble carta del F. de la O., así concebida:

"Mis queridos directores:

"Así, pues; ¿es la guerra?

"Si quieren ustedes aún la paz, he aquí mi ultimátum que comprende cuatro condiciones:

"1o. Devolverme mi palco, y quiero que esté á mi disposición desde ahora.

"2o. La parte de Margarita será cantada esta noche por Cristina Daś. No se ocupen ustedes de la Carlota, que estará enferma.

"3o. Quiero absolutamente seguir disfrutando de los buenos y leales servicios de la señora Giry, mi acomodadora, á la que repondrán ustedes inmediatamente en sus funciones.

"4o. Me harán ustedes conocer, por una carta entregada á la señora Giry, que la hará llegar á mis manos, que aceptan, como sus predecesores, las condiciones de mi pliego de condiciones relativas á mi pensión mensual. Haré saber á ustedes ulteriormente en qué forma deben pagármela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

"Si no, darán ustedes 'Fausto,' esta noche, en una sala maldita."

"Al buen entendedor...."

"F. de la O."

—¡Y bien! ¡Esto empieza á cargarme! exclamó Richard levantando los puños amenazadores y dejándolos caer con estrépito en la mesa de su despacho.

En este momento entró Mercier, el administrador.

—Lachenal quisiera ver á uno de los señores directores. Parece que el asunto es urgente y el bueno del hombre parece muy alterado.

—¿Quién es ese Lachenal? preguntó Richard.

—Es el picador en jefe.

—¿Cómo el picador en jefe?

—Sí, señor, hay en la Opera varios picadores, y Lachenal es el jefe.

—¿Y qué es lo que hace ese picador?

—Tiene la alta dirección de la cuadra.

—¿Qué cuadra?

—La de ustedes, señor director, la cuadra de la Opera.

—¿Hay una cuadra en la Opera? A fe mía, no sabía nada. ¿Dónde se encuentra?

—En los fosos, hacia el lado de la Rotonda. Es un servicio muy importante; tenemos doce caballos.

—¿Doce caballos! ¿Para qué, Dios mío?

—Para los desfiles de "La Hebra," del "Profeta," etc., hacen falta caballos domados y que conozcan "las tablas." Los picadores están encargados de enseñarlos, y Lachenal es muy hábil pa-

ra eso. Es el antiguo director de las cuabras de Franconi.

—Muy bien.... ¿Y qué es lo que me quiere?

—No lo sé; pero nunca le he visto en tal estado.

—Hágale usted entrar.

Entra en el despacho el señor Lachenal, con un latiguello en la mano, con el que se azota nerviosamente una de las botas.

—Buenos días, señor Lachenal, dice Richard impresionado. ¿A qué debe el honor de su visita?

—Señor director, vengo á pedir á usted que me deje poner en la puerta á toda la cuadra.

—¿Cómo! ¿Quiere usted poner en la puerta á nuestros doce caballos?

—No se trata de los caballos, sino de los palafreneros.

—¿Cuántos palafreneros tiene usted, señor Lachenal?

—Seis.

—¡Seis palafreneros! Hay lo menos dos de sobra.

—Son plazas, interrumpió Mercier, que han sido creadas y nos han sido impuestas por la subsecretaría de Bellas Artes. Están ocupadas por amigos del Gobierno, y si yo me atreviese....

—Me importa tres pitos el Gobierno, afirmó Richard con energía. No necesitamos más que cuatro palafreneros para doce caballos.

—¡Once! rectificó el picador en jefe.

—¿Doce! repitió Richard. El señor administrador me había dicho que tenía usted doce caballos.

—Tenía doce, pero no tengo más que once desde que nos han robado á César.

El señor Lachenal se pega un gran latigazo en la bota.

—¡Nos han robado á César! exclama el administrador. ¡César, el caballo blanco del "Profeta"!

—No hay dos Césares, declara en tono seco el picador en jefe. He estado diez años con Franconi y he visto muchos caballos. Pues bien, no hay dos Césares. ¡Y nos le han robado!

—¿Cómo ha sido eso?

—¡No sé nada! ¡Nadie sabe nada! Por eso vengo á pedir á usted que ponga á toda la cuadra en la puerta.

—¿Qué dicen los palafreneros?

—Estupideces.... Unos acusan á los figurantes.... otros suponen que ha sido el conserje de la administración.

—El conserje de la administración! Respondo de él como de mí mismo, dice en tono de protesta el administrador.

—Pero, en fin, señor picador jefe, exclamó Richard, usted debe tener una idea....

—Pues bien, sí, la tengo, la tengo, declara de repente Lachenal, y voy á decírsela. Para mí no hay duda. (El picador se acercó á los directores y les dijo al oído):—Ha sido el fantasma de la Opera el que se ha llevado el caballo.

—¡Ah! ¿usted también?

—¿Cómo yo también! Es la cosa más natural....

—¡Pues ya lo creo, señor Lachenal! ¡Pues ya lo creo, señor picador jefe!

—Es la cosa más natural que diga á ustedes lo que pienso, después de lo que he visto....

—¿Y qué ha visto usted, señor Lachenal?

—He visto, como lo estoy á usted viendo, una sombra negra montada en un caballo blanco que

se parecía á César como dos gotas de agua.

—¿Y no ha corrido usted detrás de ese caballo blanco y de esa sombra negra?

—He corrido y he llamado, señor director, pero han huido con una rapidez extraordinaria y han desaparecido en la noche de la galería.

Richard se levantó.

—Está bien, señor Lachenal. Puede usted retirarse. Vamos á presentar una denuncia contra el "fantasma."

—Y va usted á poner á toda la cuadra en la puerta.

—Por supuesto.... Hasta la vista, señor Lachenal.

Lachenal saludó y salió.

Richard echaba espuma por la boca.

—¡Va usted á arreglar su cuenta á ese imbécil!

—Es amigo del señor comisario del gobierno, se atrevió á decir Mercier.

—Y toma el aperitivo en Tortoni con Lagrené, Schöll y Partuiset, el matador de leones, añadió Moncharmin. Vamos á hacer que se nos eche encima toda la prensa, que contará la historia del fantasma, y todo el mundo se divertirá á nuestra costa. ¡Si caemos en ridículo estamos muertos!

—Pues bien, no hablemos más, concedió Richard, que estaba ya pensando en otra cosa.

En este momento se abrió la puerta, que, sin duda, no estaba entonces defendida por su cerbero ordinario, pues se vió á la señora Girý entrar de rondón, precipitadamente y con una carta en la mano.

—Dispensen ustedes, señores, pero he recibido esta mañana una

carta del fantasma de la Opera. Me dice que venga á ver á ustedes, que tienen una cosa que decirme....

No acabó la frase. Vió la cara de Richard, y era horrible. El respetable director de la Opera estaba á punto de estallar, pero el furor que le agitaba no se traducía al exterior más que por el color escarlata de su faz furibunda y por el brillo de sus ojos fulminantes. No dijo nada; no podía hablar. Pero, de repente, su ademán se disparó. Por de pronto, su brazo derecho agarró á la tenue persona de la señora Giry y la hizo describir un semicírculo tan inesperado, una pirueta tan rápida, que la mujer lanzó un clamor de desconuelo; y, después, el pie derecho del respetable director fué á imprimir su suela en el tafetán negro de una falda que, ciertamente, no había aún recibido, en semejante sitio, tal ultraje.

Tan rápido fué el suceso, que la señora Giry, cuando se encontró en la galería, estaba aún tan aturdida que no parecía haber comprendido. Pero, de repente, lo comprendió todo, y la Opera se llenó de sus chillidos indignados, de sus protestas feroces, de sus gritos de muerte. Fueron precisos tres porteros para bajarla al patio y dos guardias para llevarla á la calle.

Próximamente á la misma hora, la Carlota, que vivía en un hotelito de la calle Saint-Germán, llamaba á su doncella y se hacía llevar á la cama el correo, en el que encontró un anónimo que decía:

"Si canta usted esta noche, tenga cuidado no le suceda una gran desgracia en el momento mismo

en que esté usted cantando.... una desgracia peor que la muerte."

Esta amenaza estaba trazada con tinta roja y con una letra vacilante y apalotada. La carta se ha perdido, pero los señores Richard y Moncharmin la han visto en las condiciones que diré dentro de un momento.

Después de leer tal carta, la Carlota no tuvo ya apetito para desayunarse y rechazó la bandeja en que la doncella le presentaba el humeante chocolate. Sentóse en la cama y reflexionó profundamente. No era la primera vez que recibía cartas de ese género, pero nunca hasta entonces las había leído tan amenazadoras.

Creíase en este momento la Carlota objeto de las mil asechanzas de la envidia y contaba corrientemente que tenía un enemigo secreto que había jurado su pérdida. Suponia que se tramaba contra ella algún perverso complot, alguna cábala que estallaría el día menos pensado, pero añadía que no era ella mujer de dejarse intimidar.

La verdad era que, si había cábala, era fraguada por la misma Carlota contra la pobre Cristina, que no lo sospechaba. La Carlota no había perdonado á Cristina el triunfo que ésta obtuvo reemplazándola repentinamente.

Cuando le contaron el día siguiente, al despertarse, la acogida extraordinaria que se había hecho á su reemplazante, la Carlota se había sentido repentinamente curada de un principio de bronquitis y de un acceso de mal humor contra la administración, y no había ya mostrado la menor veleidad de abandonar sus papeles. Y des-

de entonces, había trabajado con todas sus fuerzas para "aplastar" á su rival, haciendo influir á amigos poderosos con los directores, para que no diesen á Cristina ocasión de algún nuevo triunfo. Ciertos periódicos que habían empezado á cantar el talento de Cristina, no se ocuparon ya más que de la gloria de la Carlota. En fin, en el mismo teatro, la célebre diva hablaba de Cristina del modo más ofensivo, y trataba de causarle mil pequeñas molestias.

La Carlota no tenía corazón ni alma. ¡No era más que un instrumento! Aunque, ciertamente, un instrumento maravilloso. Su repertorio comprendía todo lo que puede tentar la ambición de una grande artista, tanto en los maestros alemanes como en los italianos y los franceses. Nunca hasta entonces se había oído á la Carlota cantar desafinado ni carecer del volumen de voz necesario para la interpretación de pasaje alguno de su inmenso repertorio. En una palabra, el instrumento era extenso, potente y de una afinación admirable. Pero nadie hubiera podido decir á la Carlota lo que dijo Rossini á la Krauss después de haberla oído cantar para él, en alemán: "Sombrias selvas....": "Canta usted con el alma, hija mía, y su alma de usted es bella."

Y es que hay, en efecto, en todas las artes y particularmente en la del canto, un cierto lado exterior y material que se dirige más bien á los sentidos que al alma. Ese aspecto es el que se apodera por un instante de las multitudes ignorantes, pero es también el menos glorioso y el que menos ayuda á brillar. Las voces que no son más que voces se estropean pron-

to, y tienen razón de no durar, pues cansan igualmente pronto al auditorio al que han podido sorprender en el primer momento. No soy yo quien ha descubierto esto, y todo el mundo está de acuerdo en que los éxitos durables corresponden tan sólo á las voces que están reforzadas por un alma y por un estilo. ¿Dónde estaba tu alma, ¡oh Carlota! cuando bailabas en los teatruchos de Barcelona? ¿Dónde estaba cuando, más adelante, en París, cantabas en tristes tablados tus coplas cónicas de bacante de café concier-to? ¿Dónde estaba cuando, delante de los maestros reunidos en casa de uno de tus amantes, hacías resonar ese instrumento dócil, cuya condición más maravillosa era cantar con la misma perfección indiferente el amor sublime y la más baja orgía? ¡Oh, Carlota, si alguna vez hubieses tenido un alma y entonces la hubieses perdido, la habrías vuelto á encontrar cuando llegaste á ser Julieta, cuando fuiste Elvira, Ofelia y Margarita! Porque otras han subido de más bajo que tú, y el amor, ayudado del arte, las ha purificado.

En verdad, cuando pienso en todas las pequeñeces y villanías que tuvo que sufrir, en esta época, Cristina Daé por parte de la Carlota, no puedo contener mi enfado y no me extraña que mi indignación se traduzca en estas reflexiones, un poco largas, sobre el arte en general y el del canto en particular, reflexiones que no serán muy del agrado de los admiradores de Carlota.

Cuando ésta acabó de reflexionar sobre la amenaza de la extraña carta que había recibido, se levantó.

—Allá veremos, dijo. Y pronunció en español unos juramentos del más subido color local.

La Carlota era muy supersticiosa. La primera cosa que vio al sacar la nariz por la ventana, fué un entierro. Y el entierro y la carta la persuadieron de que corría, aquella noche, los más serios peligros. Reunió en su casa á los amigos más ó menos íntimos, hizoles saber que estaba amenazada para la función de aquella noche, de una cábala organizada por la Daé, y declaró que era preciso burlar á aquella chicuela llenando el teatro de admiradores de la que estaba hablando, que no carecía ciertamente de ellos. Contaba, pues, con sus amigos para que estuvieran dispuestos á toda eventualidad y á hacer callar á los perturbadores si, como ella temía, desencadenaban el escándalo.

El secretario particular de Richard fué á informarse de la salud de la diva y volvió con la seguridad de que estaba buena y de que "aunque estuviese en la agonia," cantaría aquella noche la parte de Margarita. Como el secretario le había recomendado muy expresamente, de parte de su jefe, que no cometiese ninguna imprudencia, que no saliese de casa y que se preservase de las corrientes de aire, la Carlota, después de haberse marchado el mensajero, no pudo menos de relacionar aquellas recomendaciones excepcionales é inesperadas con las amenazas de la carta.

Eran las cinco, cuando recibió por el correo una nueva carta anónima de la misma letra que la primera. Era breve y decía simplemente: "Está usted resfriada; si fuera usted razonable, compren-

dería que es una locura querer cantar esta noche."

La Carlota se echó á reír, se encogió de hombros, que eran magníficos, y lanzó dos ó tres gorgoritos que la tranquilizaron.

Sus amigos fueron fieles á su promesa, y estaban todos, aquella noche, en la Opera; pero en vano buscaron á su alrededor á los feroces conspiradores á quienes tenían la misión de combatir. Si se exceptuaban algunos profanos, ciudadanos honrados cuyas plácidas caras no reflejaban más designio que el de oír una música que hacía mucho tiempo había conquistado sus sufragios, no estaban allí más que los concurrentes habituales cuyas costumbres elegantes, pacíficas y correctas excluían toda idea de manifestación. Lo único que parecía anormal, era la presencia de Richard y de Moncharmin en el palco número cinco. Los amigos de la Carlota pensaron que, acaso, los directores habían tenido, por su parte, noticia del escándalo proyectado, y habían querido estar en el teatro para detenerle en cuanto estallase; pero era ésta una hipótesis injustificada, como sabemos, pues Richard y Moncharmin no pensaban más que en su fantasma.

¡Nada! En vano interrogo en ardiente velada

Natura y Creador.

¡Ni una voz ha vertido en mi oído  
Nada consolador!...

El célebre tenor Carolus Fonta acababa apenas de lanzar la primera invocación del doctor Fausto á las potencias del infierno, cuando Richard, que estaba sentado en el sillón mismo del fantasma—

el de la derecha en la primera fila —se inclinaba, con el mejor humor del mundo, hacia su socio, y le decía:

—¿Y á tí, no te ha dicho nada al oído ninguna voz?

—¡Esperemos! No tengamos tanta prisa, respondió en el mismo tono jocoso Moncharmin. La función acaba de empezar, y ya sabes que el fantasma no llega de ordinario hasta la mitad del primer acto.

El primer acto pasó sin incidente, lo que no extrañó á los amigos de la Carlota, pues en ese acto no canta ella. En cuanto á los dos directores, cuando bajó el telón, se miraron sonriendo.

—Va uno, dijo Moncharmin.

—Sí, el fantasma está retrasado esta noche, declaró Richard.

—Te encuentro un poco pálido, añadió Moncharmin para seguir la broma.

—¿Me tomas por Poligny? respondió el audaz Richard.

—A propósito de Poligny, me parece haberle visto en el primer palco de enfrente.

—¿Es posible?

Buscaron con los ojos á Poligny, pero no le encontraron. En cambio, vieron en otro palco de enfrente, al lado de aquel en que Moncharmin había creído ver á Poligny, á un personaje que llamaba la atención de todo el público. Cuando se levantaban para ir á dar una vuelta por el escenario, pues el primer entreacto debía ser más largo que de costumbre, á causa de la nueva decoración que los nuevos directores habían dispuesto, entraron unos amigos en su palco y les dijeron que el personaje en quien tenían los ojos fijados toda la sala era el nuevo em-

bajador de Persia, al que nadie aún conocía.

Y añadieron que la curiosidad del público estaba menos excitada por la presencia del embajador que por la de otro personaje, conocido de todo París, y que Richard y Moncharmin no debían de ignorar: el Persa, que estaba en una butaca. En suma, se miraba si el embajador de Persia miraba al Persa.

Era el Persa un enigma viviente que empezaba á poner nervioso á París. No hablaba con nadie. No sonreía nunca. Parecía adorar la música, puesto que asistía á todos los espectáculos musicales, y sin embargo, no se entusiasmaba ni aplaudía.

Véase cómo ha hablado del Persa un antiguo periodista que fué secretario de la Opera: "Hace ya años que se introduce á través de nuestra existencia parisiense, siempre solo, siempre mudo, pero gustándole y buscando la multitud, paseando á la luz del día y al brillo de las luces una mirada impasible, un modo de andar un poco incierto, y, en fin, presentándose en todos los espectáculos con su eterno traje, gorro persa y una gran hopalanda negra, en cuyas mangas dan vueltas sin cesar sus manos, perpetuamente nerviosas."

Aquella noche, como todas, nuestro Persa estaba, pues, vestido de persa, mientras que el nuevo embajador de Persia estaba vestido á la última moda parisiense, en lo que no había nada de asombroso, pues venía en línea recta de Londres.

La butaca ocupada por el Persa se encontraba precisamente debajo del palco del embajador. Al bajar el telón, el Persa se levantó y

quedó en pie volviendo la espalda al palco. Pero ciertamente, dentro de un instante, iba á volverse y el embajador le vería. ¿Qué haría? ¿Le reconocería? ¿Había, aún en Persia, alguien que conociese al Persa?... Habíase dicho que era un gran personaje; pues bien, ahora se iba á ver.

No se vió absolutamente nada. Moncharmin cuenta en sus memorias que el Persa pasó por delante del embajador de Persia sin saludarle siquiera, y que le pareció que había en la actitud del primero más arrogancia y tranquilo desdén que de ordinario. A este propósito, Moncharmin escribe que era el Persa uno de los hombres más guapos que es posible ver, "de estatura mediana, facciones regulares, cara expresiva y varonil impregnada de una inmensa melancolía, ojos negros, ardientes y tristes, barba de azabache y tez de ámbar, dorada por el sol de Oriente." Moncharmin cuenta que mientras la atención general se fijaba en el Persa, se oía en el teatro como un ruido discreto de llaves. Los espectadores se precavan contra el "mal de ojo." Y no habla más del incidente.

Cuando los directores estuvieron otra vez solos en su palco, Moncharmin dijo á Richard en el mismo tono guasón:

—Después de todo, la sala no está mal concurrida esta noche, para ser "una sala maldita."

Richard se dignó sonreír. Después designó á su colaborador una señora gruesa y bastante vulgar, vestida de negro, que estaba sentada en una butaca en medio de la sala, y acompañada de dos hombres de aspecto ordinario con sus levitas de paño.

—¿Quién es "esa gente"? preguntó Moncharmin.

—Esa gente, querido, es mi portera, su hermano y su marido.

—¿Les has dado billetes?

—Sí... Mi portera no había venido nunca á la Opera... es la primera vez... Y como ahora va á venir todas las noches, he querido que estuviese cómoda antes de pasar su tiempo en acomodar á los demás...

Moncharmin pidió explicaciones, y Richard le hizo saber que había decidido por algún tiempo á su portera, en la que tenía la mayor confianza, á venir á ocupar el puesto de la señora Giry. Sí, aquella era la reemplazante indicada de la vieja loca, y se vería si, con ésta, el palco número cinco seguía asombrando al mundo.

—A propósito de la Giry, dijo Moncharmin, ya sabes que va á dar una queja contra tí.

—¿A quién va á dar esa queja? ¿Al fantasma?

¡El fantasma! Moncharmin casi le había olvidado.

Por lo demás, el misterioso personaje no hacía nada para presentarse en la memoria de los directores. En las paredes, en el techo ni en el suelo se oían esos ruidos que se dejan oír en las mesas giratorias, y que son generalmente atribuidos á una intervención del otro mundo. La butaca en que estaba sentado Richard se portaba lo más honradamente del mundo, y la voz, la famosa voz, seguía callándose.

Estaban los directores haciéndolo constar, cuando se abrió de repente la puerta de su palco y apareció el director de escena muy apurado.

—¿Qué hay? preguntaron los

dos al mismo tiempo, estupefactos al verle en tal sitio en este momento.

—Hay, dijo, que se ha fraguado una cábala por los amigos de la Daé contra la Carlota, y ésta está furiosa.

—¿Qué historia es esa?... dijo Richard frunciendo las cejas.

Pero se levantaba el telón para el segundo acto, y el director hizo seña al de escena de que se retirase... El se ocuparía de aquello inmediatamente.

Cuando el empleado salió, Moncharmin se inclinó al oído de Richard.

—¿Tiene, entonces, amigos la Daé? preguntó.

—Sí, dijo Richard, los tiene.

—¿Quiénes?

Richard designó con la mirada un palco en el que no había más que dos hombres.

—El conde de Chagny?

—Sí, me la ha recomendado tan calurosamente, que si no supiera que es amigo de la Sorelli...

—¡Calla, calla!... murmuró Moncharmin. ¿Y quién es ese joven tan pálido que está á su lado?

—Es su hermano, el vizconde.

—Mejor haría yéndose á la cama. Tiene aspecto enfermizo.

La escena resonaba de cantos alegres. La embriaguez en música. El triunfo de la borrachera:

Vino ó cerveza,

Cerveza ó vino,

Que mi vaso

Esté lleno.

Estudiantes, ciudadanos, soldados, muchachas y matronas, con ánimo alegre, danzaban delante de la taberna dedicada al dios Baço. Siebel entró en escena.

Cristina Daé estaba encantadora con su traje, y su fresca juventud, su gracia melancólica seducían al verla. En seguida, los partidarios de la Carlota imaginaron que Cristina iba á ser saludada por una ovación que los enteraría de las intenciones de sus amigos... Esta ovación indiscreta hubiera sido una insigne torpeza y no se produjo.

Por el contrario, cuando Margarita atravesó la escena y cantó los dos únicos versos de su papel en este acto segundo:

No, señores, no soy señorita ni

(bella,

Y yo no necesito que se me dé la

(mano,

una tempestad de bravos acogieron á la Carlota. Fué aquello tan imprevisto y tan inútil, que los que no estaban al corriente de nada se miraron preguntándose qué pasaba; pero el acto se acabó también sin ningún incidente. Todo el mundo pensaba entonces: "Será evidentemente en el otro acto." Algunos, que estaban, según parecía, mejor informados, afirmaron que el escándalo debía empezar en la canción del "Rey de Thulé," y se dirigieron precipitadamente á la entrada de los abonados para ir á advertir á la Carlota. En este momento Moncharmin y Richard bajaban de su palco y encontraban ya llenos de gente los bastidores. Llegados al escenario, se encaminaron inmediatamente á la derecha, hacia el cuarto de la Carlota, cuarto cuyas ventanas daban al patio de la administración. Y entonces se cruzaron con la Sorelli, que corría al

encuentro del conde de Chagny, antes de meterse en su cuarto.

Los directores hicieron una seña á la bailarina, que ésta comprendió, pues dejó en seguida al conde y se acercó á ellos, que le rogaron que preguntase discretamente al conde lo que pudiera haber de fundado en los rumores de una cábala fraguada contra la Carlota.

Y, esperando la respuesta de la Sorelli, entraron en el cuarto de la diva española. Estaba este cuarto lleno de amigos y camaradas, y se oía, por encima de todas las conversaciones particulares, la voz de la cantante que profería mil amenazas contra la Daé.

La Carlota, de origen español, había conservado un acento de un sabor particular, y cuando algún sentimiento excesivo, como la cólera, precipitaba su dición, se expresaba de un modo que era difícil, para el que la oía, contener la risa. Así era que, á pesar de la gravedad de la situación, se reía aquella noche en el cuarto de la Carlota.

Los dos directores se aproximaron á la artista, que estaba colocándose sobre la magnífica cabellera, más negra que la noche otra no menos magnífica, más rubia que la aurora. Era la peinca de dos espesas trenzas de la dulce Margarita. El brillo de los ojos de azabache de la Carlota resaltaba más aún en aquel marco dorado. La diva se levantó cuando vio á "aquellos señores," y, poniéndose una mano en el corazón, protestó de sus sentimientos de adhesión respecto de la nueva empresa con tal vehemencia, que ciertamente Moncharmin y Richard se hubieran conmovido hasta llo-

rar, si hubieran podido comprender algo de aquella sorprendente algarabía. Por fin, les entregó un pedazo de papel escrito con tinta roja, y que tuvo el don de interesar prodigiosamente á los dos directores. No les costó trabajo conocer la letra.

¡F. de la O.! exclamó Richard con gran asombro de la artista. Y pidió el sobre, que ella le dió. La carta había sido echada al correo en la oficina del "bulevar" de los Italianos, á dos pasos del domicilio de los antiguos directores. Sin decir una palabra más, los actuales se retiraron. Richard estaba furioso y persuadido de que Debienne y Poligny habían jurado hacerles caer en ridículo. Esta idea se ancló definitivamente en su pensamiento cuando, habiendo subido á su despacho con Moncharmin, su secretario particular, Remy, vino á traerle un periódico de la tarde que publicaba una "interview" en la que Debienne daba á entender que hubiera preferido quebrar en la Opera á hacer fortuna en ella conduciéndose como "un vendedor de sopa." Richard se apropió—con error ciertamente—esa lamentable opinión, encontrando una relación entre esta "interview" y un artículo aparecido dos días antes, en el que se acusaba á los nuevos directores de no emprender nada interesante, de reducirse á programas viejos y, en fin, de portarse con excesiva parsimonia.

Temblando de cólera difícilmente contenida, Richard se volvió hacia Moncharmin y declaró á quemarropa á su socio que le encontraba una cara extrañamente plácida para estar atravesando sucesos tan desagradables como

los que estaban obligados á sufrir.

—¿Qué sucesos?... preguntó tranquilamente Moncharmin. ¿Es el F. de la O. el que te pone en tal estado?...

—¡Bah!... no se trata de tu fantasma, replicó con rabia Richard. ¿No ves que Debienne y Poligny se están burlando de nosotros? ¿No ves que han organizado una campaña de prensa en el exterior y una cábala en el interior, y que nos suscitan mil fastidios?... ¡Me tiene sin cuidado tu fantasma!

Cuando Morcharmin iba á protestar contra el empeño de su socio de atribuirle la exclusiva propiedad del fantasma, se abrió la puerta del despacho y entró la Sorelli.

Moncharmin se puso en seguida el monóculo en honor de las famosas pantorrillas enguantadas de seda de aquella señorita; pero Richard le trajo inmediatamente al sentimiento de la situación, la cual, á creer á la Sorelli, era más grave de lo que se podía imaginar.

La bailarina afirmó en primer lugar que el conde de Chagny se desinteresaba en adelante de la Daé, y la Sorelli hizo esta declaración con gran solicitud por lo mismo que no había dejado de saber el entusiasmo del conde por el talento de aquella muchacha. Pero ese entusiasmo había desaparecido. En suma, el conde no había consentido en ocuparse de ella sino á instancias de su hermano, el vizconde, que había concebido por la Daé sentimientos muy ridículos. El conde veía ahora con disgusto las asiduidades de su hermano con la cantante, y así se lo había hecho saber al viz-

conde, según había creído comprender la Sorelli; pero el joven no había tenido en cuenta tal advertencia, lo que había disgustado mucho al conde. En cuanto á la cábala, el conde no había negado que la Daé, á la que creía una hipócrita y una astuta de primera fuerza, fuese capaz de meter en tal aventura á su hermano, que era un niño cándido y generoso. La Sorelli no salió del despacho de la dirección sin haber recomendado á aquellos señores la más entera discreción sobre el "terrible secreto" que acababa de confiarles, pues si alguna vez el conde sabía que había abusado así de su confianza, contando cosas que hubieran debido ser olvidadas en seguida de eidas, no se lo perdonaría en toda la vida.

Dicho esto, se retiró y se volvió al saloncito del baile. La banca, la nobleza, las letras, el periodismo influyente, la política, representada por un diputado de la izquierda, dos senadores de la derecha y varios secretarios particulares de ministros, murmuraban, reían y charlaban alrededor de las más bellas piernas de la Academia Nacional de Música. Unas bailarinas de fila, levantándose con una mano el tonelete de gasa, echaban á andar de puntillas, después de una ojeada al espejo, y venían á caer al lado de un grupo en el que Meg Giry estaba contando con amargura la aventura humillante que había ocurrido aquella mañana á su noble madre en el despacho de la dirección. Naturalmente, como todos habían notado que Richard y Moncharmin estaban viendo la función en el palco No. 5, causa primera del deshonor de la se-

ñora Giry y de la desesperación de su hija, la confidencia de Meg tuvo un gran éxito, y no se trató de nuevo más que del fantasma y de su palco, mientras aquellas señoritas se ponían los cuernos con la mano.

De repente, hubo un gran remolino y se oyeron ruidosas carcajadas. Era que la James, acompañada por sus compañeras "Nariz danzante" y "Pierna de hierro", entraban en el saloncillo apoyándose en unas horquillas de labranza que habían ido á buscar á la guardarropía, para desafiar al fantasma y á sus maleficios, pues era capaz de todo, contaban, y había tenido la audacia de robar el caballo blanco del Profeta, delante de las narices del señor Lachenal, que estaba enfermo de resultas.

Al oír esta nueva hazaña del fantasma, el batallón de las bailarinas aterradas quiso tocar la madera de las horquillas, y la misma Sorelli no pudo resistir á esta supersticiosa tentación antes de ir á reunirse con el conde de Chagny, que estaba en un rincón, solitario y pensativo. ¿Preveía ya que la inclinación amorosa de su hermano por la Daé, inclinación de la que él se había reído al principio, iba á degenerar en una pasión temible?

¿Pero dónde estaba el vizconde? Apoyado en un bastidor de la decoración que se acababa de poner, entre una figurante retrasada y melancólica y una bailarina que, mientras cascaba nueces, se dejaba contar historias, lejos de su madre, por un galante viejo, Raúl esperaba el paso de Cristina, que no debía tardar, puesto que, cantando la parte de Siebel, tenía que estar en escena al le-

vantarse el telón del tercer acto.

Justamente Cristina llegaba y pasó á su lado sin verle ó haciéndolo como que no le veía. Hubo á su paso murmullos hostiles de los amigos de la Carlota, pero tampoco pareció que Cristina los había oído.

El vizconde volvió la cabeza, y lanzó un profundo suspiro. Entonces, vió á los directores que se miraban y se hablaban al oído, y el joven, creyendo que se burlaban de su amor, se puso encarnado y se marchó. Los directores dejaron también el escenario y volvieron á su palco No. 5. Lo primero que vieron al entrar fué, en la tabilla del antepecho, una caja de bombones ingleses. ¿Quién la había dejado allí? Preguntaron á las acomodadoras, pero nadie pudo informarlos. Volvieron á acercarse á la tabilla, y encontraron, al lado de la caja de bombones, un antejo.... Ambos se miraron sin tener ya gana de reír. Veniales á la memoria todo lo que les había dicho la señora Giry.... Y después... les pareció que había alrededor de ellos como una extraña corriente de aire... Los directores se sentaron en silencio.

La escena representaba el jardín de Margarita...

Llévale mis declaraciones,  
Hazle saber mis votos...

Cuando estaba Cristina cantando estas dos primeras estrofas, con su ramo de rosas y lilas en la mano, levantó la cabeza y vió en su palco al vizconde de Chagny, y desde aquel momento pareció á todo el mundo que su voz

era menos pura, menos cristalina que de ordinario.... Algo que no se sabía, ensordecía su canto.... Había en él como temblor y miedo.

—¡Qué muchacha tan rara! hizo notar casi en alta voz un amigo de Carlota. La otra noche estaba divina, y ahora se pone á cantar como una cabra...

En vosotros tengo fe  
Hablad por mí...

El vizconde se cogió la cabeza entre las manos. Estaba llorando. El conde, detrás de él, se mordía violentamente el bigote, se encogía de hombros y fruncía las cejas. Para que el conde, de ordinario tan correcto y tan frío, tradujese por tantas señales exteriores sus sentimientos, era preciso que estuviese furioso. Y lo estaba. Había visto á su hermano volver de un viaje misterioso en un estado de salud alarmante. Las explicaciones que le había dado, no habían, sin duda, tenido la virtud de tranquilizar al conde, el cual, deseoso de saber á qué atenerse, pidió una cita á Cristina. Esta tuvo la audacia de responderle que no podía recibirle, ni á él ni á su hermano. El conde no perdonaba á Cristina que hiciese sufrir á Raúl, pero, sobre todo, no perdonaba á Raúl que sufriese por Cristina. ¡Ah! había hecho mal de interesarse por aquella muchacha, cuyo triunfo de una noche era incomprensible para todo el mundo.

Que la flor en su boca  
Sepa al menos poner  
Un dulce beso.

—¡Buena púa estás! gruñó el conde.

Y se preguntó qué era lo que quería Cristina... qué podía esperar... Era pura y se decía que no tenía amigo ni protector alguno. ¡Aquel ángel del Norte debía de ser muy astuto!

Raúl, detrás de las manos, telón que ocultaba sus lágrimas de niño, no pensaba más que en la carta que había recibido en cuanto llegó á París, adonde llegó Cristina antes que él, después de haberse escapado de Ferrós como una ladrona: "Mi querido antiguo amigo: hay que tener el valor de no verme más, de no volverme á hablar.... Si me quiere usted un poco, haga eso por mí, por mí, que no le olvidaré jamás.... mi querido Raúl. Sobre todo, no entre usted más en mi cuarto del teatro. Va en ello mi vida y la de usted.... Su pequeña Cristina."

Una salva de aplausos... Es que sale á escena la Carlota.

Yo quisiera saber la clase de  
(aquel hombre,  
Si es algún gran señor, y co-  
(nocer su nombre.

El acto del jardín transcurría con sus peripecias acostumbradas. Nada turbaba el orden del espectáculo ni en el escenario, ni en la sala, ni en el palco de los directores.

Cuando Margarita acabó de cantar la canción del "Rey de Thulé," fué aclamada, y lo fué otra vez cuando terminó el vals de las joyas:

Como á una señorita  
Me encontrará bonita...



Ya, entonces, segura de sí misma, segura de sus amigos en la sala, segura de su voz y de su éxito, la Carlota se entregó entera, con ardor, con embriaguez, con entusiasmo. No tuvo ya su acción circunspección ni pudor... No fué Margarita, sino Carmen. Por eso mismo fué más aplaudida, y su dúo con Fausto parecía prepararle una nueva ovación, cuando ocurrió de repente una cosa espantosa.

Déjeme, déjeme contemplar  
(esa cara  
Al pálido fulgor  
Con que el astro de la noche,  
(como una nube,  
Acaricia tu belleza,

Y Margarita respondía:

¡Oh silencio! ¡Oh placer! ¡In-  
(fable misterio!  
¡Embriagadora languidez!  
¡Escucho!... Y comprendo esa  
(voz solitaria  
Que canta en mi corazón...

En este momento, en este momento preciso... se produjo una cosa... ya he dicho que una cosa espantosa.

El público, como movido por un resorte, se había levantado... Los dos directores en su palco, no pueden contener una exclamación de horror... Expectadores y expectadoras se miran como para preguntarse unos á otros la causa de tan extraño fenómeno... La cara de la Carlota expresa el más atroz dolor, y sus ojos parecen inspirados por la locura. La pobre mujer se ha levantado con la boca aún abierta, después de dejar pasar aquella voz solitaria que can-

taba en su corazón... Pero aquella boca no canta ya, "no se atreve á pronunciar una palabra ni á emitir un sonido..."

Porque aquella boca creada para la armonía, aquel instrumento ágil que jamás había fallado, órgano magnífico, generador de las más hermosas sonoridades, de los más difíciles acordes, de las más suaves modulaciones, de los ritmos más ardientes, sublime mecánica humana á la que no faltaba para ser divina más que el fuego del cielo, único que da la verdadera emoción y levanta las almas... aquella boca había dejado escapar...

De aquella boca había salido...

... "¡Un gallo!"...

¡Ah! qué horrible, qué repugnante, qué odioso, qué venenoso, qué chillón y qué desgarrador gallo...

¿Por dónde había entrado?... ¿Cómo se había acurrucado en la lengua?... Con las patas replegadas para saltar más alto y más lejos, traídoramente, había salido de la laringe y... ¡Quiquiriquí!

La sala se había sentido como humillada... Nunca gallinácea, en los más abundante corrales, había desgarrado la noche con más espantoso quiquiriquí.

Y, ciertamente, era muy inesperado para todo el mundo. La Carlota no quería creer aún á su garganta ni á sus oídos. Un rayo que hubiera caído á sus pies, la hubiera asombrado menos que aquel gallo estridente que acababa de salir de su boca.

Dios mío! ¿Quién hubiera creído aquello? ¡Estaba cantando tan tranquilamente "y comprendo esta voz solitaria que canta en mi corazón!" Cantaba esto sin es-

fuerzo, como siempre, con la misma facilidad con que se dice: "Buenos días, señora. ¿cómo está usted?..."

No se puede negar que existen cantantes presumidas que incurren en el error de no medir sus fuerzas y que, en su orgullo, quieren llegar, con la débil voz que el cielo les ha dado, á esfuerzos excepcionales, y dar notas que les han sido prohibidas al venir al mundo. Entonces es cuando el cielo, para castigarlas, les envía á la boca, sin que ella lo sepa, un gallo, un gallo que dice; ¡Quiquiriquí! Todo el mundo sabe esto... Pero nadie podía admitir que una Carlota, que tenía al menos dos octavas en la voz, tuviera también un gallo.

No se habían olvidado sus estridentes fas agudos y sus "staccati" en "La Flauta Encantada." Recordábase el "Don Juan", en el que hacía de Elvira y en el que obtuvo una noche el más ruidoso triunfo, dando ella el sí bemol que no podía dar su compañera de fía Ana. ¿Qué significaba, pues, aquel quiquiriquí al final de la tranquila, apacible y pequeña "voz solitaria que cantaba en su corazón?"

Aquello no era natural... Había algún sortilegio... Aquel gallo oía á chamusquina. ¡Pobre, miserable, desesperada y derrotada Carlota!...

En la sala crecía el rumor. Si hubiera sido otra que la Carlota á la que hubiera ocurrido semejante aventura, la hubieran gritado; pero con aquella, cuyo perfecto instrumento se conocía, el público no mostraba cólera, sino consternación y espanto. Los hombres que asistieron á la catástro-

fe que rompió los brazos de la Venus de Milo, debieron de sentir un estupor semejante... Y aquellos, todavía, pudieron ver el golpe que hería, y comprender...

¡Pero esto! ¡Este gallo era incomprendible!

Tanto que la Carlota, después de unos segundos pasados en preguntarse si verdaderamente había oído salir de su boca aquella nota—¿era una nota aquel sonido? ¿se podía llamar á aquello un sonido? un sonido es todavía música—aquel ruido infernal, quiso persuadirse de que no había habido tal cosa; de que todo había sido una ilusión de su oído y no una criminal traición del órgano bucal...

La pobre mujer echó una mirada de angustia á su alrededor, como para buscar un refugio, una protección, ó más bien la seguridad espontánea de la inocencia de su voz... Sus dedos, crispados, se habían puesto en la garganta en un ademán de defensa y de protesta. ¡No! ¡no! ¡Aquel quiquiriquí no era suyo! Y hasta pareció que Carlos Fonta mismo fué de este parecer, pues la miraba con una expresión inexpressible de estupefacción infantil, y gigantesca. Porque, al fin, él estaba allí, á su lado, no se había separado de ella, y acaso pudiera decirle cómo había sucedido semejante cosa. Pues bien, no, no podía. Sus ojos estaban estúpidamente clavados en la boca de la Carlota como los ojos de los niños pequeños contemplan el sombrero inagotable del prestidigitador. ¿Cómo una boca tan pequeña había podido contener un gallo tan grande...?

Todo aquello; gallo, quiquiri-

quí, emoción, terror, rumor de la sala, confusión del escenario— algunos comparsas mostraban caras angustiadas— todo esto que yo escribo en detalle, duró unos segundos.

Unos segundos horribles, que parecían sobre todo interminables á los directores, allá, en el palco No. 5. Moncharmin y Richard estaban muy pálidos. Aquel episodio inaudito é inexplicable los llenaba de una angustia que era más misteriosa, porque estaban hacia un instante bajo la influencia directa del fantasma.

Habían sentido su aliento. Unos cabellos de Moncharmin se habían erizado á aquel aliento... Y Richard se había pasado el pañuelo por la frente bañada en sudor... Sí, estaba allí... alrededor de ellos... detrás de ellos, á su lado... Le sentían sin verle, oían su respiración... ¡Y tan cerca de ellos! "Se sabe cuando hay alguien presente..." Pues bien, ellos lo sabían ahora... "Estaban seguros de ser tres en el palco... Temblaban y tenían la idea de huir... Pero no se atrevían. No se atrevían tampoco á hacer un movimiento ni á decir una palabra que pudiera hacer saber al fantasma que sabían que estaba allí... ¿Qué iba á suceder? ¿Qué iba á producirse?"

Se produjo el gallo. Por encima de todos los rumores de la sala, se oyó la exclamación de horror de los dos directores. "Se sentían dominados por el fantasma." Inclinados en el antepecho de su palco, miraban á la Carlota como si no la conociesen. Aquella mujer del infierno debía de haber dado con su quiquiriquí la señal de alguna catástrofe. Se oyó la

voz ahogada de Richard que gritaba á la Carlota:

—¡Y bien, siga usted!

¡No! La Carlota no siguió... Volvió á empezar, valiente y heroicamente, el verso fatal en cuyo extremo había aparecido el gallo.

Un silencio aterrador sucede á todos los ruidos... Solamente la voz de la Carlota llena ahora el sonoro edificio:

¡Escucho...!

También escucha la sala.

...Y comprendo esa voz solitaria (gallo)  
(gallo)... que canta en mí... (gallo).

También el gallo ha vuelto á empezar.

El público estalla en un prodigioso tumulto. Caídos en sus sillas, los dos directores no se atreven á moverse ni tienen fuerza para ello. El fantasma se ríe á su oído. Y por fin, oyen distintamente, por el lado derecho, su voz, su imposible voz, la voz sin boca, que les dice:

—"Canta esta noche para echar abajo la lucerna."

En un movimiento común, los dos directores levantan la vista al techo y lanzan un grito terrible. La lucerna, la inmensa masa de la lucerna, se escurría y venía hacia ellos, á la llamada de aquella voz satánica. Desprendida, la lucerna se hundía desde las alturas del teatro y se espachurraba en el patio, entre mil clamores. Aquello fué un espanto y un salvase el que pueda general. No es mi designio hacer revivir aquí una noche histórica. Los curiosos no tie-

nen más que abrir los periódicos de la época. Hubo numerosos heridos y una muerta.

La lucerna había caído en la cabeza de la desgraciada que había ido aquella noche á la Opera por primera vez en su vida, la que Richard había designado para reemplazar en sus funciones de acomodadora á la señora Gary, la recomendada del fantasma. Murió en el acto, y, al día siguiente, un periódico aparecía con este rótulo en grandes letras: ¡Doscientos mil kilogramos en la cabeza de una portera! Fué su única oración fúnebre.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Agdo. 1925 MONTERREY, MEXICO

LA BERLINA MISTERIOSA

Aquella noche trágica fué mala para todo el mundo. La Carlota se había puesto mala. Cristina Daé había desaparecido. Quince días habían pasado sin que se hubiese presentado en el teatro ni se le viese fuera de él. Raúl le había escrito á casa de la Valerius, y no había recibido respuesta, pero no se extrañó gran cosa al pronto, conociendo su estado de ánimo y la resolución que había tomado de romper toda especie de relaciones con él, sin que, por lo demás, hubiera podido el joven adivinar aún la razón.

Aumentó con esto su dolor y Raúl acabó por alarmarse al no ver á la cantante en ningún programa. Se cantó "Fausto" sin ella. Una tarde, á eso de las cinco, fué el joven á informarse en la dirección de las causas de una ausencia tan prolongada, y encontró á los directores muy preocu-

pados, á causa, sin duda, de las responsabilidades que había traído para ellos la caída de la lucerna. Las averiguaciones habían puesto en claro que se trataba de un accidente ocasionado por el desgaste de los medios de suspensión, pero era evidente que los antiguos directores, así como los nuevos, hubieran podido observar ese desgaste, y remediarlo antes de que ocasionase la catástrofe. Los directores pusieron mala cara á Raúl cuando los habló de la Daé, y se limitaron á responderle que estaba con licencia. Preguntó cuánto tiempo debía durar la tal licencia, y le replicaron que era ilimitada, pues Cristina Daé la había solicitado por causa de salud.

—¿Está, pues, enferma? exclamó. ¿Qué tiene?

—No sabemos nada.

—¿No le han enviado ustedes un médico del teatro?

—No; no le ha reclamado, y como tenemos confianza en ella, la hemos creído bajo su palabra.

La cosa no pareció natural á Raúl, que dejó la Opera, presa de los más sombríos pensamientos. Raúl resolvió, sucediera lo que sucediera, ir á pedir noticias á la de Valerius. Recordaba sin duda los términos enérgicos de la carta de Cristina, que le prohibía intentar nada para verla. Pero lo que había visto en Perfós, lo que había oído detrás de la puerta del cuarto, la conversación que había tenido con Cristina en el campo, le hacían sentir alguna maquinación que, no por parecer un poco diabólica, dejaba de ser humana. La imaginación exaltada de la muchacha, su alma crédula y tierna, la educación primitiva que había rodeado sus primeros

años de un círculo de leyendas, y continuo pensamiento de su padre muerto y, sobre todo, el estado de éxtasis sublime en que la sumía la música en cuanto este arte se manifestaba á ella en condiciones excepcionales.—¿no lo había podido juzgar así en la escena del cementerio?—todo esto le parecía que debía constituir un terreno moral propicio para las empresas malhechoras de algún personaje misterioso y sin escrúpulos. ¿De quién era víctima Cristina Daé? Esta era la sensata pregunta que Raul de Chagny se planteaba al dirigirse á toda prisa á casa de la viuda de Valerius.

Porque el vizconde tenía una mente de las más sanas. Era, sin duda, poeta y aficionado á la música en lo que ésta tiene de más alado; era muy dado á los viejos cuentos bretones en que danzan los duendes y, por encima de todo, estaba enamorado de aquella hada del Norte que se llamaba Cristina Daé; pero esto no impedía que no creyese en lo sobrenatural más que en materia de religión, ni que la historia más fantástica del mundo fuese capaz de hacerle olvidar que dos y dos son cuatro.

¿Qué iba á saber en casa de la de Valerius? Temblaba pensándolo cuando llamó á la puerta, la puerta de un cuartito de la calle de "Notre-Dame-des-Victoires."

Abrióle la doncella que, una noche, salió delante de él del cuarto de Cristina. Raúl preguntó si la señora de Valerius estaba visible, y le respondieron que estaba enferma, en la cama, é incapaz de recibir á nadie.

—Pásele usted mi tarjeta, dijo. No esperó mucho tiempo. Volvió la doncella, y le introdujo en

un saloncito bastante obscuro y sumariamente amueblado, en el que se veían frente á frente los retratos del profesor Valerius y del bueno de Daé.

—La señora ruega al señor vizconde que la dispense, dijo la doncella, de no poderle recibir más que en su cuarto, pues sus pobres piernas no la sostienen.

Cinco minutos después, Raúl era introducido en una alcoba casi oscura, en la que distinguió en seguida, en la penumbra, la buena cara de la bienhechora de Cristina. Los cabellos de la de Valerius estaban ya blancos, pero sus ojos no habían envejecido; jamás, por el contrario, su mirada había sido tan pura, tan infantil ni tan clara.

—El señor vizconde de Chagny! dijo alegremente tendiendo ambas manos á su visitante. . . . ¡Ah! el cielo le envía á usted. . . . ¡Vamos á poder hablar de "ella!"

Esta lúgubre frase sonó lúgubremente en los oídos del joven, que preguntó en seguida:

—Señora, ¿dónde está Cristina?

—Pues está con. . . su "buen genio."

—¿Qué buen genio? exclamó el pobre Raúl.

—"El genio de la música!"

El vizconde de Chagny, consternado, se dejó caer en una silla. ¡Verdaderamente Cristina estaba con el genio de la música! Y la viuda de Valerius, en la cama, le dirigía una sonrisa, poniéndose un dedo en la boca para recomendarle el silencio. La buena mujer añadió:

—¡No hay que decirselo á nadie!

—¡Oh! ¡puede usted contar conmigo! respondió Raúl sin saber

lo que decía, pues sus ideas acerca de Cristina, ya muy confusas, se embrollaban más y más y le parecía que todo daba vueltas á su alrededor, alrededor del cuarto y alrededor de aquella extraordinaria buena señora de cabello blanco y ojos de cielo azul y lejano. . . . de ojos de cielo vacío. . . . "Puede usted contar conmigo. . . ."

—Ya lo sé, ya lo sé, dijo la mujer con una risa de felicidad. Pero acérquese usted á mí, como cuando era pequeño. Deme usted la mano como cuando me refería la historia de la Lotita, que le había contado Daé. Le quiere á usted mucho, ¿sabe usted, don Raúl? y Cristina también le quiere mucho.

. . . . Cristina me quiere mucho. . . . suspiró el joven, que concertaba difícilmente en su pensamiento el "genio" de la de Valerius, el "ángel" de que le había hablado tan extrañamente Cristina, la calavera que había visto en una especie de pesadilla en los escalones del altar mayor de Perrós y, también, el "fantasma de la Opera," cuyo renombre había llegado á su oído, una noche en que se había retrasado en el escenario á dos pasos de un grupo de tramoyistas que recordaban la descripción cadavérica hecha antes de su muerte por el ahorcado José Buquet. . . .

Raúl preguntó en voz baja:

—¿Qué le hace á usted creer, señora, que Cristina me quiere mucho?

—Que me habla de usted todos los días.

—¿De veras? ¿Y qué le dice á usted?

—Me ha dicho que le ha hecho usted una declaración. . . .

Y la buena anciana se echó á reír á carcajadas, enseñando todos sus dientes, que había conservado cuidadosamente. Raúl se levantó, lleno de rubor, y sufriendo atrocemente.

—Y bien, ¿adónde va usted? . . . ¿Quiere usted sentarse? . . . ¿Oree usted que me va á dejar de ese modo? . . . Se ha enfadado usted porque me he reído, ya lo veo, y le pido perdón. . . . Después de todo no tiene usted la culpa de lo que ha sucedido. . . . Usted no sabía. . . . Es usted muy joven. . . . y greía que Cristina estaba libre. . . .

—¿Cristina está comprometida? preguntó con voz ahogada el desgraciado Raúl.

—¡No! ¡No! . . . Ya sabe usted que Cristina, aunque quisiera, no puede casarse. . . .

—¿Cómo! . . . ¡No sé tal cosa! . . . ¿Por qué Cristina no puede casarse?

—¡A causa del "genio de la música! . . ."

—¡Otra vez! . . .

—El se lo prohíbe. . . .

—¡El se lo prohíbe! . . . ¡El genio de la música le prohíbe casarse! . . .

Raúl se inclinó hacia la de Valerius, con lo mandíbula saliente, como para morderla. Si hubiera querido devorarla, no la hubiera mirado con los ojos más feroces. Hay momentos en que la exagerada inocencia aparece tan monstruosa que inspira odio. Raúl encontraba á la de Valerius demasiado inocente.

La mujer no sospechó la horrible mirada que pesaba sobre ella, y siguió hablando en el tono más natural:

—Sí, se lo prohíbe. . . . sin prohibírselo. . . . Le dice sencilla-

mente que si se casase, no le oíría más... Eso es todo... Y que se marcharía para siempre... Así es que, como usted comprendé, ella no quiere dejar marchar al "genio de la música." Es muy natural.

—Sí, sí, concedió Raúl bajito como un aliente, es muy natural.

—Además, creí que Cristina se había á usted contado todo esto cuando le encontró en Perrós, donde había ido con su "buen genio."

—¡Ah! ¿Fué á Perrós con el "buen genio?"

—Sí, le había dado cita en el cementerio de Perrós, en la tumba de Daó, prometiéndole tocar la "Resurrección de Lázaro" en el violín de su padre.

Raúl de Chagny se levantó y pronunció con gran autoridad estas palabras decisivas:

—¡Señora, va usted á decirme dónde vive ese genio!

La anciana no pareció muy sorprendida de esa pregunta indiscreta, pues levantó los ojos, y dijo:

—¡En el cielo!

Tanto candor dejó confuso á Raúl... Tan simple y perfecta fe en un genio que bajaba del cielo todas las noches para frecuentar los cuartos de las cantantes de la Opera, le dejó estúpido.

Se daba cuenta entonces del estado de ánimo en que podía encontrarse una muchacha educada por un ministril supersticioso y una buena señora iluminada, y se estremeció pensando en las consecuencias de todo aquello.

—Dígame usted en seguida dónde está Cristina, imploró por segunda vez.

—¡Pero si no sé nada, mi buen amigo! Habría qué preguntárselo

al genio de la música; sólo él lo sabe. No he tenido noticias de Cristina desde la noche en que faltó de casa, y le confieso á usted que empiezo á estar con cuidado. Cuando le he visto á usted entrar, he pensado: "Puede que ella le haya escrito." Pero tranquilícese usted; no hay para qué alarmarse.

Raúl estuvo á punto de injuriarla y llamarla vieja loca, pero logró dominarse é imaginó que, para saber algo, sería más diplomático halagar su manía. Se volvió á sentar y mostró á la vieja una cara casi serena, siendo así que empezaba á desgarrarle interiormente una verdadera rabia.

—¡Vamos á ver! ¡Vamos á ver! dijo. Cristina se ha marchado con el genio... El genio no puede habérsela llevado al cielo... Habrá qué saber dónde vive ese genio en la tierra. ¿Tiene usted algún indicio? ¿Qué especie de noticias le envió á usted la noche en que faltó de casa?

La de Valerius abrió un cofrecillo de laca que tenía á su alcance, y sacó de él una carta de Cristina escrita en el papel habitual de ésta. Raúl lo conoció en seguida por haber visto papel igual en su cuarto de la Opera. Aquella carta había sido llevada por un demandadero al que no se había vuelto á ver.

No había en ella más que unas palabras escritas con mano temblorosa: "Estoy con él... Vivo á su lado... Sobre todo, no te alarmes por nada, mi buena mamá, si mi ausencia se prolonga... "El" vela por mí... Te besa de todo corazón, Cristina."

—¡Y esto le basta á usted?

exclamó Raúl muy sofocado. Pero logró todavía dominarse ante la expresión de éxtasis, enteramente falta de inteligencia, de la vieja. Después, se levantó bruscamente, recto como la justicia.

—¿Sigue siendo Cristina una muchacha honrada?

—¡Lo juro por mi parte de paraiso!... exclamó la anciana que, esta vez, pareció ofendida. Y si usted lo duda, caballero, no sé lo que ha venido á hacer aquí...

Raúl se arrancó los guantes.

—¿Cuánto tiempo hace que ha conocido á ese "genio?"

—Unos tres meses, próximamente... Si, hace tres meses que empezó á darle lecciones.

El vizconde extendió los brazos en un ademán inmenso y desesperado y los dejó caer con despecho.

—¡El genio le da lecciones!... ¿Dónde?

—En su cuarto de la Opera, don Raúl; allí están más tranquilos. Aquí, en esta casita, sería imposible. Todos los vecinos los oírían, mientras que en la Opera, á las ocho de la mañana, no hay nadie y no los estorban... ¿Comprende usted?...

—¡Comprendo... comprendo! exclamó el vizconde. Y se despidió con precipitación de la anciana, que se preguntaba en sus adentros si el vizconde estaría un poco chiflado.

Al atravesar la sala, Raúl se volvió á encontrar con la doncella y, un instante, tuvo la intención de interrogarla, pero creyó sorprender en sus labios una ligera sonrisa y pensó que se burlaba de él. Entonces huyó, ¿No sabía bastante?... Había querido ser informado: ¿qué más podía de-

sear?... El joven se fué á pie á casa de su hermano, en un estado que daba lástima...

Hubiera querido castigarse, golpearse la frente con las paredes. ¡Haber creído en tanta inocencia y en tanta pureza! ¡Haber intentado un instante explicarlo todo por la candidez, la sencillez de espíritu y el candor inmaculado de Cristina! ¡El genio de la música! ¡Ahora le conocía! ¡Le estaba viendo! ¡Era, á no dudar, algún ganso de tenor, buen mozo, y que contaba con la boca chiquita! Raúl se encontraba ridículo y desgraciado hasta más no poder... ¡Ah! qué miserable, pequeño, insignificante y necio joven era el vizconde de Chagny... pensaba rabiosamente Raúl. Y ella, qué audaz y satánicamente astuta criatura...

Con todo, aquella carrera por las calles le había hecho bien y refrescado un poco la llama del cerebro. Cuando entró en su cuarto, no pensó más que en echarse en la cama para ahogar en ella sus sollozos. Pero estaba allí su hermano, y Raúl se dejó caer en sus brazos como un niño.

El conde le consoló paternalmente, sin pedirle explicaciones; por lo demás, Raúl hubiera vacilado en contarle la historia del "genio de la música." Así como hay cosas de las que nadie se jacta, hay otras por las cuales es demasiado humilde el ser complacido.

El conde se llevó á su hermano á comer en la fonda. Con tan reciente desesperación, es probable que Raúl hubiera rehusado, aquella noche, toda invitación, si el conde, para decidirle, no le hubiera hecho saber que el día antes, por la noche, en un paseo del Bosque,

la señora de sus pensamientos había sido encontrada en galante compañía.

Al pronto, el vizconde no quiso creerle, pero se le dieron detalles tan precisos que ya no protestó. Después de todo, ¿no era aquella la aventura más trivial? Se la había visto en una berlina con los cristales echados. La cantante parecía aspirar largamente el aire helado de la noche. Hacía una luna soberbia, y se la había conocido perfectamente. En cuanto a su compañero, no se había distinguido más que una vaga silueta en la sombra. El coche iba "al paso" por un paseo desierto, detrás de las tribunas de Longchamp.

Raúl se vistió con frenesí, dispuesto ya, para olvidar su angustia, á arrojarse, como se dice, en el "torbellino del placer." ¡Ay! el joven fué un triste convidado, y habiendo dejado al conde muy temprano, se encontró, á eso de las diez de la noche, en un coche de círculo, detrás de las tribunas de Longchamp.

Hacia un frío glacial. El paseo aparecía desierto y muy iluminado por la luna. Raúl mandó al cochero que le esperase pacientemente en la esquina de una callejuela adyacente y, escondiéndose todo lo posible, empezó á pasearse.

No hacia media hora que se estaba entregando á este ejercicio higiénico, cuando un coche, que venía de París, dió la vuelta á la esquina del paseo y, tranquilamente, al paso del caballo, se dirigió hacia donde él estaba.

El joven pensó en seguida: ¡es ella! Y su corazón se puso á pegarle grandes golpes sordos, como los que había ya oído en su pecho cuando oyó la voz de hombre de-

trás de la puerta del cuarto de Cristina... ¡Dios mío, cuánto la amaba!

Seguía el coche acercándose. Raúl no se movía... ¡Esperaba!... Si era ella, estaba resuelto á saltar á la cabeza de los caballos... ¡A toda costa quería tener una explicación con el genio de la música!...

Unos pasos aún, y la berlina estaba á su nivel. El joven no dudaba que fuese ella... Una mujer, en efecto, sacaba la cabeza por la ventanilla.

Y de repente, la luna la iluminó de una pálida aureola.

—¡Cristina!

El nombre sagrado de su amor brotaba de los labios y del corazón. ¡No pudo contenerse!... Y dió un salto para recogerle, pues ese nombre arrojado á la faz de la noche había sido como la señal esperada de una carrera furiosa del carruaje, que pasó á su lado sin que hubiera tenido tiempo de poner su proyecto en ejecución. El cristal de la ventanilla se había levantado, y la cara de la joven había desaparecido. La berlina, detrás de la cual corría, no era ya más que un punto negro en el camino blanco.

Llamó otra vez: ¡Cristina!... y nadie le respondió. Raúl se detuvo en medio del silencio.

Arrojó entonces el joven una mirada desesperada al cielo y á las estrellas y golpeó con el puño su pecho en fuego. ¡Amaba y no era amado!

Contempló con tristes ojos aquella tierra desolada y fría, la noche pálida y muerta. Nada estaba más frío, nada más muerto que su corazón. ¡Había amado á un ángel y despreciaba á una mujer!

—¡Raúl!... ¡Cómo se ha burlado de ti la pequeña hada del Norte! ¡Verdad que es inútil tener unas mejillas tan frescas y una frente tan tímida y siempre dispuesta á cubrirse del velo sonrosado del pudor, para pasear en la noche solitaria, en el fondo de una berlina de lujo, en compañía de un misterioso amante? ¿No debiera haber límites sagrados á la hipocresía y á la mentira?... ¡Verdad que no se debiera tener los ojos claros de la infancia cuando se tiene el alma de las cortesanas?

Ella había pasado sin responder á su llamada.

Pero, también, ¿por qué él se había puesto á través de su camino?

¿Con qué derecho se había levantado de repente ante ella, que no le pide más que el olvido y que le rechaza de su presencia?

¡Vete!... ¡Desaparece!... ¡No eras nada para mí!...

¡Pensaba en morir y tenía veinte años!... Su criado le sorprendió por la mañana sentado en su cama. No se había desnudado, y el aynda de cámara tuvo miedo de alguna desgracia, tan marcada era su fisonomía de desastre. Raúl le arrancó de las manos el correo que le traía. Había conocido una carta, un papel, una letra. Cristina le decía:

"Amigo mío, esté usted pasado mañana en el baile de máscaras de la Opera, á las doce de la noche, en el saloncillo que está detrás de la chimenea del gran vestíbulo; colóquese junto á la puerta que da entrada á la Rotonda. No hable usted de esta cita á nadie en el mundo. Póngase un dominó blanco y vaya bien enmascarado.

Por mi vida, que no se le conozca á usted, Cristina.

## XI

## EN EL BAILE DE MASCARAS

El sobre, muy manchado de barro, no tenía sello alguno. "Para entregar al señor vizconde Raúl de Chagny," y las señas con lápiz. La carta había sido ciertamente arrojada á la calle con la esperanza de que un transeúnte la recogiese y la llevase á domicilio, lo que había sucedido. Había sido encontrada en una acera de la plaza de la Opera. Raúl la volvió á leer con fiebre.

No le hacía falta más para renacer á la esperanza.

La sombría imágen que se había formado un momento de una Cristina olvidadiza de sus deberes para consigo misma, dejó el puesto á la suposición que había hecho primeramente de una desgraciada é inocente niña, víctima de una imprudencia y de su demasiado grande sensibilidad. Hasta qué punto era ya entonces verdaderamente víctima? ¿De quién era prisionera? ¿A qué abismo se la había arrastrado?... Raúl se lo preguntaba con cruel angustia; pero aquel dolor mismo le parecía soportable al lado del delirio que le producía la idea de una Cristina hipócrita y embustera. ¿Qué había sucedido?... ¿A qué influencia estaba sometida? ¿Qué monstruo la había secuestrado, y con qué armas?

¿Con qué armas había de ser sino con las de la música? Sí, sí, cuanto más pensaba en ello, más se persuadía de que era por esa

parte por donde descubriría la verdad. No había olvidado el tono con que, en Ferrós, le había contado la visita del enviado celestial. Y la historia misma de Cristina en los últimos tiempos, ¿no debía ayudarle á disipar las tinieblas en que se agitaba?... ¿Había ignorado el joven la desesperación que se apoderó de ella cuando murió su padre, y la repugnancia que sintió entonces por todas las cosas de la vida y hasta de su arte? En el Conservatorio había pasado por una pobre máquina cantante, desprovista de alma. Y, de repente, se había revelado, como el soplo de una intervención divina. ¿Había venido el Angel de la Música?... Cristina canta el papel de Margarita le "Fausto," y obtiene un triunfo... El Angel de la Música!... ¿Quién se ha hecho pasar á sus ojos por ese misterioso genio?... ¿Quién, enterado de la leyenda predilecta del anciano Daé, hace uso de ella hasta el punto de que la joven no es entre sus manos más que un instrumento sin defensa que él hace vibrar á su antojo? Y Raúl reflexionaba que semejante aventura no tenía nada de excepcional. Recordaba lo que había sucedido á la princesa Belmonte, que acababa de perder su marido, y cuya desesperación se había convertido en estupor... Hacía un mes que la princesa no podía hablar ni llorar; aquella inercia física y moral se había agravado todos los días, y la debilidad de la razón traía poco á poco la extinción de la vida. La enferma era llevada todas las tardes á sus jardines, pero no parecía comprender siquiera dónde se encontraba. Raff, el más célebre can-

tante de Alemania, que pasaba por Nápoles, quiso visitar aquellos jardines reputados por su belleza. Una de las doncellas de la princesa rogó al gran artista que cantase, sin dejarse ver, cerca del bosquecillo en que la enferma estaba echada. Raff consintió en ello, y cantó una melodía sencilla que la princesa había oído cantar á su marido en los primeros días de su himeneo. Aquella canción era expresiva y conmovedora; la melodía, la letra y la voz admirable del artista se unieron para conmover profundamente el alma de la princesa. Las lágrimas brotaron de sus ojos... lloró, quedó salvada, y vivió en la persuasión de que su esposo aquella tarde, había descendido del cielo para cantarle la canción de otro tiempo.

—¡Sí! Aquella tarde... Una tarde, pensaba ahora, Raúl, una tarde única. Pero esta bella imaginación se hubiera disipado ante un experimento repetido...

Si la ideal y doliente princesa de Belmonte hubiera vuelto allí todas las tardes, durante tres meses, hubiera acabado por descubrir á Raff detrás del bosquecillo.

El Angel de la Música había dado lecciones á Cristina durante tres meses. ¡Ah! era un profesor puntual... Y ahora la paseaba por el bosque...

Con los dedos crispados sobre el pecho, en que latía un corazón celoso, Raúl se desgarraba las carnes... Como inexperimentado, se preguntaba ahora con terror á qué juego le invitaba aquella señorita para una próxima mascarada. Preguntábase también hasta qué punto una muchacha de teatro puede burlarse de un buen joven entera-

mente nuevo en amor... ¡Qué miseria!

De este modo, el pensamiento de Raúl iba á los extremos; no sabía si debía compadecer á Cristina ó maldecirla, y, alternativamente, la maldecía y se compadecía de ella. Por lo que pudiera ocurrir, sin embargo, se hizo con un dominio blanco.

Por fin, llegó la hora de la cita. Con la cara cubierta con una careta guarnecida de largo y espeso encaje, y bien cubierto con su dominio blanco, el vizconde se encontró muy ridículo por haberse puesto aquel disfraz de las mascaradas románticas. Un hombre del gran mundo no se disfraza para ir al baile de la Opera. Si sus amigos lo hubieran sabido, se hubieran reído de él. Un pensamiento le consolaba: el de que ciertamente nadie le conocería. Y además, aquel disfraz y aquella careta tenía otra ventaja; Raúl iba á poder pasearse allí dentro como en su casa, solo con la angustia de su alma y tristeza de su corazón. No tendría necesidad de fingir; le sería supérfluo componerse una máscara para la fisonomía, puesto que ya la llevaba.

Aquel baile era una fiesta excepcional, dada antes del Carnaval para celebrar el aniversario de un ilustre dibujante de antaño, de un émulo de Caverni, cuyo lápiz había inmortalizado la vida alegre, y la cuesta de la Courtille. Por esta razón, aquel baile de máscaras debía tener un aspecto mucho más alegre, mucho más ruidoso y más bohemio que los bailes ordinarios. Habíanse dado cita en él numerosos artistas seguidos de toda una clientela de modelos y de pintamonas que, á eso de las doce,

empezaron á armar gran escándalo.

Raúl subió la gran escalera á las doce menos cinco, no se entretuvo en modo alguno en contemplar á su alrededor el espectáculo de los trajes multicolores que se exhibían á lo largo de los escalones de mármol en uno de los más suntuosos decorados de arquitectura del mundo; no se dejó coger por ninguna máscara bromista; no respondió á ningún chiste y rechazó la familiaridad atrevida de varias parejas ya chiapas. Después de haber atravesado el gran vestíbulo y escapado de una cuadrilla que, por un momento, le había aprisionado, penetró por fin en el saloncillo que le había indicado la carta de Cristina y una de cuyas paredes estaba formada por la chimenea monumental del gran salón de descanso. Allí, en aquel pequeño espacio, había muchísima gente, pues era el pasadizo en que se encontraban los que iban á cenar á la Rotonda y los que volvían de tomar una copa de champagne. El tumulto era allí ardiente y ruidoso, y Raúl pensó que Cristina había elegido aquella apertura para su misteriosa cita, mejor que cualquier rincón aislado, porque allí se estaba más disimulado bajo la careta.

El joven se apoyó en la puerta para esperar. Pero no esperó mucho tiempo. Pasó un dominó negro que le oprimió rápidamente las puntas de los dedos, y Raúl comprendió que era ella.

La siguió.

—¿Es usted, Cristina? preguntó entre dientes.

El dominó se volvió vivamente y se puso el dedo á la altura de los labios, para significarle, sin duda,

que no repitiera su nombre. Pero Raúl había visto en los dos agujeros de la careta, los ojos, los ojos claros...

No podía engañarse acerca de aquellos ojos...

Y continuó siguiéndola en silencio.

Tenía miedo de perderla después de haberla encontrado de un modo tan extraño. No sentía ya odio contra ella. Ni siquiera dudaba de que la joven "no tuviera nada de qué acusarse," por rara é inexplicable que apareciera su conducta. Estaba dispuesto á todas las mansedumbres, á todos los perdones, á todas las cobardías. Amaba. Y, ciertamente, se le iba á explicar del modo más natural, dentro de un momento, la razón de una ausencia tan singular...

El dominó negro se volvía de vez en cuando para ver si era seguida por el dominó blanco.

Cuando Raúl atravesaba así, detrás de su guía, el gran salón de descanso del público, no pudo por menos de reparar, entre todas las apreturas, una apretura... y entre todos los grupos que se entregaban á las más locas extravagancias, un grupo que se agrupaba alrededor de un personaje cuyo disfraz, cuyo aspecto original y cuyas trazas fúnebres causaban sensación...

Aquel personaje iba vestido todo de escaleta, con un inmenso sombrero de pluma sobre una calavera. ¡Oh!... ¡qué hermosa imitación de calavera que era aquella!... Los pintores, á su alrededor, le hacían una ovación, le felicitaban... y le preguntaban en casa de qué maestro, en qué estudio frecuentado por Plutón, se le había hecho y pintado tan hermosa

calavera. ¡La muerte misma había debido de servir de modelo!

El hombre de la calavera, del sombrero de pluma y del traje escaleta, arrastraba detrás de sí un inmenso manto de terciopelo rojo cuya cola se alargaba regiamente por el suelo; y en aquel manto se veía, bordado en letras de oro, un letrero que todos leían y repetían en voz alta: "¡No me toquéis!... ¡Soy la muerte roja que pasa!..."

Y hubo alguien que quiso tocarle... pero una mano de escaleta, que salía de una manga de púrpura, cogió brutalmente el puño del imprudente, y éste, habiendo sentido el contacto de los huesos y la presión terrible de la Muerte, que parecía que nunca había de soltar su presa, lanzó un grito de dolor y de espanto. La Muerte roja le devolvió al fin su libertad, y el hombre huyó como un loco en medio de la rechifla general. En este momento fué cuando Raúl se cruzó con el célebre personaje, que precisamente acababa de volverse hacia donde él estaba. Y el joven estuvo á punto de dejar escapar un grito: "¡La calavera de Ferrós-Guirec!" "¡La había reconocido!... Quiso precipitarse á él, olvidando á Cristina; pero el dominó negro, que parecía presa también de una extraña emoción, le cogió del brazo y se lo

llevó... se lo llevó lejos del salón de descanso, fuera de aquella multitud demoníaca por la que pasaba la Muerte roja... El dominó negro se volvía á cada instante y, por dos veces, creyó sin duda notar algo que le espantaba, pues precipitó aún su marcha y la de Raúl como si estuvieran perseguidos.

Así subieron dos pisos. Allí, el dominó negro empujó la puerta de un palco, viendo que los pasillos y las escaleras estaban casi desiertas, é invitó al dominó blanco á penetrar detrás. Cristina, (pues era ella: el joven la había conocido en los ojos y pudo entonces conocerla en la voz), Cristina cerró en seguida la puerta del palco, recomendando á Raúl, en voz baja, que se quedase en el interior y que no se dejase ver. Raúl se quitó la careta, pero Cristina conservó la suya... Y cuando iba el joven á rogar á la cantante que se la quitase, se quedó muy asombrado al verla inclinarse hacia el tabique y escuchar atentamente lo que pasaba al lado. Apenas oyó á Cristina murmurar, tan ligero era el aliento de la joven:

—Hay alguien en el palco de al lado... Le oigo moverse...

Raúl quiso hablar y decirle que les era fácil el irse á hablar á otra parte, pero ella le cerró la boca con un "¡Silencio!" enérgico.

Deslizóse la joven, encorvándose, hasta la parte delantera del palco, echó una mirada hacia fuera, y esto le bastó sin duda para enterarse, pues volvió en seguida diciendo: "Ya decía yo que había conocido su voz... Está hablando solo..."

Raúl, al que empezaban á llenar seriamente de curiosidad las maneras de Cristina, le preguntó:

—¿Quién es?...

—Es un capuchino, le respondió Cristina en voz baja... y estoy segura de que el otro va á venir en seguida.

—¿Qué otro?... preguntó el vizconde en el mismo tono.

—El otro capuchino.

—Si tanto teme usted la vecin-

dad de los capuchinos, respondió Raúl, vámonos.

Pero ella parecía muy agitada.

—¡Oh! no; sería, acaso, muy imprudente ahora... ¡Es insensato! ¿Por qué me ha dicho que tenía cita en el "palco de los ciegos," que está encima?

De repente, la joven se levantó.

—Pero, entonces, también el va á venir... Sí, sí... ¡Vámonos! ¡Vámonos!...

Abrió el palco, y le volvió á cerrar casi en seguida.

—¡Es tarde!...

Y, visiblemente, se puso á temblar.

—¡Póngase usted la careta, "caballero!" Póngasela y no se la quite bajo ningún pretexto.

Y se apoyó en la puerta, como para impedir que se abriera. Cristina desfalleció, y Raúl quiso sostenerla, pero ella le separó con la mano y le mostró el tabique.

Oíase entonces una voz que decía:

—¡Al fin! ¡Ya está usted aquí, caballero! Pero, ¿no le parece á usted que estaríamos mejor para hablar en su despacho?... Aquí, se puede siempre tener un oído indiscreto... ¡Vamos á su despacho, caballero!...

Y no se oyó más que una puerta que se abría.

Cristina dió un profundo suspiro. Parecía que al fin le era permitido respirar.

Y entreabrió la puerta diciendo:

—¡Ya no hay peligro, Raúl!... Pero he tenido mucho miedo!...

—¿Miedo de qué? ¿Quién le infunde á usted ese temor? ¡Debe usted decirme, Cristina! imploró el joven, que se preguntaba si iba al fin á tener una explicación

de todas aquellas idas y venidas extravagantes y de todos aquellos gestos de esperanza y de espanto, Cristina no le respondió. Seguía mirando atentamente por la rendija de la puerta y escuchando por el tabique lo que pasaba en el pasillo.

Raúl miró por detrás de ella y vió primero dos frailes que se parecían como dos hermanos y que bajaban ya la escalera de los palcos segundos.

Los dos capuchones con que se disfrazaban no fueron pronto más que dos pequeños puntos de sombra en los escalones, y desaparecieron. En el mismo instante, Raúl, que seguía la mirada de Cristina, vió en el escalón más alto de la escalera que descende del piso superior, posarse un "pie rojo."

Y, después, otro pie rojo. . . . . Y lenta y magestuosamente, bajó todo el traje escarlata de la Muerte roja. Raúl volvió á ver la calavera de Perrós.

—¡Es él! . . . exclamó. ¡Esta vez no se me escapa! . . .

—¿Quién es él? preguntó Cristina con la voz muy alterada. ¿Quién no se le va á usted á escapar?

Raúl, brutalmente, trató de vencer la resistencia de la joven, pero ella lo rechazaba con una fuerza inesperada. . . . El vizconde comprendió, ó creyó comprender, y se puso furioso en seguida.

—¿Quién? . . . dijo con rabia. ¡El! . . . el hombre que se esconde bajo esa repugnante imagen mortuoria. . . . el genio malo del cementerio de Perros. . . . la Muerte roja, en fin, su amigo de usted, señora, su Angel de la Música. . . . ¡Pero yo le arrancaré la máscara de la cara como arranco la mía.

y, esta vez, nos miramos frente á frente, sin velo ni mentiras, y sabré quién ama á usted y á quién usted ama.

Y rompió en una carcajada insensata, mientras Cristina, detrás de la careta, dejaba oír un doloroso gemido.

Después, con ademán trágico, extendió los dos brazos, que pusieron en la puerta una barrera de carne blanca.

—¡En nombre de nuestro amor, Raúl, no pase usted!

El joven se quedó suspenso. ¿Qué había dicho? . . . ¡En nombre de nuestro amor! ¡Jamás, jamás Cristina le había dicho que le amaba! . . . Y, sin embargo, no le habían faltado las ocasiones. Le había visto ya bastante desgraciado, delante de ella, implorando una palabra de esperanza, que no había venido. . . . Le había visto enfermo, casi muerto de terror y de frío después de la noche del cementerio de Perrós. ¿Se había quedado siquiera al lado suyo en el momento en que tenía más necesidad de sus cuidados? ¡No! había huido. . . . ¡Y decía que le amaba! ¡Y hablaba en nombre de "nuestro amor!" ¡Vamos allá!

No tenía más objeto que detenerle unos segundos para dejar escapar á la Muerte roja. . . . ¡Su amor! . . . ¡Era mentira! . . . Y así se lo dijo, con un acento de odio infantil.

—¡Miente usted, señora, porque usted no me ama ni me ha amado nunca! Hay que ser un desgraciado jovencuelo como yo para dejarse engañar como yo le he ido. . . . ¿Por qué, por su actitud, por la alegría de su mirada, por su silencio mismo, me permitió usted

todas las esperanzas cuando nuestra primera entrevista de Perrós?

Todas las esperanzas lícitas, señora, porque soy un hombre honrado y creí que usted era una honrada mujer, cuando no tenía usted más intención que la de burlarse de mí. . . . Pero, ¿qué? se ha burlado usted de todo el mundo. Ha abusado usted vergonzosamente del cándido corazón de su misma bienhechora, que sigue creyendo en su sinceridad cuando usted se pasea por el baile de la Opera con la Muerte roja. . . . ¡La desprecio á usted!

—¡Un día me pedirá usted perdón de todas esas feas palabras, Raúl, y yo le perdonaré! . . .

El vizconde movió la cabeza.

—¡No! ¡no! me ha vuelto usted loco. . . . Cuando pienso que yo, el vizconde Ohagny, no tenía más que un objeto en la vida: dar mi nombre á una muchacha de la Opera. . . .

—¡Raúl! . . . ¡Desgraciado! . . .

—¡Me voy á morir de vergüenza!

—Viva usted, amigo mío, dijo la voz grave y alterada de Cristina, y adios, Raúl. . . .

El joven se adelantó con paso vacilante y se permitió todavía un sarcasmo:

—¡Bah! ya me permitirá usted venir aún á aplaudirla de vez en cuando.

—¡No cantaré más, Raúl!

—¿Verdaderamente? añadió el joven con más ironía. . . . ¿Le permiten á usted esos ocios? ¡Que sea en hora buena! ¡Pero ya nos veremos en el bosque una de estas noches!

—Ni en el bosque ni en otra parte, Raúl, no me volverá usted á ver.

—¿Se puede saber, al menos á

qué tinieblas se vuelve usted? . . . ¿A qué infierno, ó á qué paraíso se marcha usted, misteriosa señora?

—Había venido á decirsele, pero ya no puedo, porque no me creería. . . . ¡Ha perdido usted la fe en mí. . . . Raúl, todo acabó.

Dijo Cristina aquel "todo acabó" en un tono tan desesperado, que el joven se estremeció y el remordimiento de su crueldad empujó á conmoverle el alma.

—Pero en fin, exclamó. ¿me dirá usted lo que significa todo esto? . . .

Está usted libre y sin trabas. . . . Se pasea usted por la población. . . . y se planta un dominó para correr al baile. . . . ¿Porqué no vuelve usted á su casa? . . . ¿Qué hace usted hace quince días? . . . Qué historia es esa del Angel de la Música que ha contado usted á la de Valerius? . . .

Alguien ha podido engañar á usted y abusar de su credulidad. . . . Yo mismo fui testigo en Perrós. . . . Pero, ahora, sabe usted á qué atenderse. . . . Usted me parece muy sensata, Cristina, y sabe usted lo que hace. . . . y, sin embargo, la Valerius sigue esperándola é invocando á su "buen genio. . . ."

¡Explíquese usted, Cristina, se lo ruego! . . . . Otros también se engañarían. . . . ¿Qué comedia es ésta? . . .

Cristina, simplemente, se quitó la careta y dijo:

—¡Es una tragedia, amigo mío!

Raúl le vió entonces la cara y no pudo contener una exclamación de sorpresa y de espanto. Los frescos colores de otro tiempo habían desaparecido, y una palidez mortal se extendía por aquellas facciones que Raúl había conocido tan dulces y encantadoras, reflejo de su gracia apacible y de su conciencia sin combate. ¡Qué cosas estaban ahora! El surco del



dolor las había inexorablemente hundido, y los hermosos ojos claros de Cristina, limpidos en otro tiempo como los lagos que servían de ojos á Lotita, aparecían aquella noche de una profundidad obscura, misteriosa é insondable, y rodeados de una sombra horrorosamente triste.

—¡Amiga mía! ¡Amiga mía! gimió la joven tendiendo los brazos, me había usted prometido perdonarme.

—Puede ser... puede ser que un día... dijo Cristina poniéndose la careta. Y se marchó, prohibiéndole seguirla con un gesto que le arrojaba de su lado.

Quiso el joven lanzarse detrás de ella, pero Cristina se volvió y repitió su ademán de despedida con tal autoridad soberana, que el vizconde no se atrevió ya á dar un paso.

Miróla alejarse... y después bajó á su vez á mezclarse con la multitud, sin saber precisamente lo que hacía, latándole las sienes, con el corazón desgarrado, y preguntó á todo el mundo, al atravesar la sala, si habían visto pasar la Muerte roja. "¿Qué muerte roja es esa?" le respondían. Y él decía: "Es un individuo disfrazado con una calavera y un gran mantó rojo." En todas partes le decían que aquella Muerte acababa de pasar, arrastrando su manto regio; pero Raúl no la volvió á ver, y, á eso de las dos de la madrugada, se encontró en el pasillo que, por detrás del escenario, conducía al cuarto de Cristina Daé.

Sus pasos habíanle conducido á aquel sitio en que había comenzado á sufrir. Llamó á la puerta, y nadie le respondió. Y entró como la noche en que estaba buscando

á la voz de hombre. El cuarto estaba desierto y brillaba en él apenas un mechero de gas como una lamparilla. En un pequeño escritorio, había papel de cartas, y el vizconde pensó escribir á Cristina; pero se oyeron pasos en el corredor, y no tuvo tiempo más que para esconderse en el tocador, que estaba separado del cuarto por una simple cortina. Una mano empujó la puerta del cuarto. Era Cristina.

Raúl contuvo la respiración. ¡Quería ver!... ¡Quería saber!... Algo le decía que iba á asistir á una parte del misterio y que, acaso, iba á empezar á comprender.

Cristina entró, se quitó la careta con un gesto de cansancio, y la tiró en la mesa. Después suspiró y dejó caer la bella cabeza entre las manos... ¿En qué pensaba?... ¿En Raúl?... ¡No! porque Raúl la oyó murmurar: "Pobre Erik!"

El vizconde creyó al principio haber oído mal. En primer lugar, estaba persuadido de que si alguien era digno de compasión, era él. Nada más natural, después de lo que acababa de pasar entre ellos, que la joven hubiera dicho, dando un suspiro: "¡Pobre Raúl!" Pero repitió moviendo la cabeza: "¡Pobre Erik..." ¿Qué tenía que ver aquel Erik con los suspiros de Cristina y por qué la pequeña hada del Norte compadecía á Erik cuando Raúl era tan desgraciado?

Cristina se puso á escribir tranquila y pacíficamente, tan pacíficamente, que Raúl, que temblaba aún por el drama que los separaba, se puso singular y desagradablemente impresionado. "¿Qué sangre fría!" pensó. La joven escribió así dos, tres, cuatro pliegos; pero, de repente, levantó la cabeza, y los escondió en el cuerpo del vestido...

Parecía escuchar... Y también escuchó Raúl... ¿De dónde venía aquel ruido raro, aquel ritmo lejano?... Un canto sordo parecía salir de las paredes... ¡Si! ¡hubiérase dicho que las paredes cantaban!... El canto se iba haciendo más claro, las palabras eran inteligibles... y se distinguía una voz, una hermosa, dulce y cautivante voz, que, apesar de su dulzura, permanecía varonil y daba á entender en seguida que no pertenecía á una mujer... La voz seguía acercándose... pasó la pared... llegó... y la voz, entonces, estaba en la pieza, delante de Cristina. Esta se levantó y habló con la voz como si hubiera hablado con alguien que estuviera á su lado.

—Aquí estoy, Erik, dijo, estoy dispuesta. Es usted el que se ha retrasado, amigo mío.

Raúl que miraba prudentemente por entre la cortina, no podía creer á sus ojos, que no le mostraban nada.

La fisonomía de Cristina se iluminó, y una buena sonrisa fué á posarse en sus labios exangües, una sonrisa como la de los convalescientes cuando empiezan á esperar que el mal que los affige no ha de llevarse los.

La voz sin cuerpo volvió á cantar, y ciertamente Raúl no había oído jamás en el mundo una voz que, como aquella, uniese en el mismo tiempo y en el mismo aliento nada más ancho y heroicamente suave, más victoriosamente insidioso, más delicado en la fuerza, más fuerte en la delicadeza, ni, en fin, más irresistiblemente triunfante. Había en aquella voz acentos definitivos que cantaban como dueños y que debían ciertamente, por

la única virtud de su audición, hacer nacer acentos elevados en los mortales que sienten, aman y traducen la música. Había en ella una fuente tranquila y pura de armonía, en la que los fieles podían con toda seguridad beber devotamente, estando seguros de beber la gracia musical, y de su arte, habiendo tocado de pronto á lo divino, se había transfigurado. Raúl escuchaba aquella voz con fiebre y empezaba á comprender como la Daé había podido aparecer una noche al público estupefacto, con acentos de una belleza desconocida y de una exaltación sobrehumana. Lajo la influencia, sin duda, del misterioso é invisible maestro. Y el joven comprendía más tan considerable acontecimiento por lo mismo que la voz excepcional no cantaba nada que lo fuese; con barro, había hecho un cielo azul. La vulgaridad del verso y la facilidad y trivialidad popular de la melodía parecían transformadas en belleza por un aliento que las levantaba y las arrebatava por las alturas en alas de la pasión. Aquella voz angelical glorificaba un himno pagano.

Estaba cantando la "Noche de Himeneo," de Romeo y Julieta.

Raúl vió á Cristina extender los brazos hacia la voz, como lo había hecho en el cementerio de Perrós hacia el violín invisible que tocaba la Resurrección de Lázaro...

Nada podía expresar la pasión con que la voz dijo:

El destino te encadena á mí sin esperanza.

Palabras que traspasaron el corazón del vizconde, el cual, luchando con el encanto que parecía quitarle toda voluntad y toda energía, y casi toda lucidez, en el me-

mento en que más las necesitaba, logró descender la cortina que le ocultaba, y se dirigió hacia Cristina. Esta, que marchaba hacia el fondo del cuarto, ocupado todo él por un gran espejo que la enviaba su imagen, no podía ver al joven, que estaba enteramente detrás de ella y oculto por su cuerpo.

El destino te encadena á mí sin esperanza...

Cristina seguía andando hacia su imagen, y su imagen le salía al encuentro. Las dos Cristinas—el cuerpo y la imagen—acabaron por tocarse y confundirse, y Raúl extendió los brazos para apoderarse de las dos al mismo tiempo.

Pero, por una especie de milagro deslumbrador que le hizo vacilar, el joven fué de repente proyectado hacia atrás, mientras un viento helado le barría la cara, y vió, no ya dos, sino cuatro, ocho veinte Cristinas que giraban á su alrededor con tal ligereza, burlándose de él, y que huían tan rápidamente, que su mano no pudo tocar ninguna. Después, todo volvió á quedar inmóvil. Raúl se vió en el espejo. Pero Cristina había desaparecido.

Se precipitó al espejo. Se pegó contra las paredes ¡Nadie!...

Y sin embargo, en el cuarto resonaba aún un himno lejano y apasionado:

El destino te encadena á mí sin esperanza...

Llevóse las manos á la frente, bañada en sudor, tocó su carne bien despierta, palpó la penumbra y devolvió toda su fuerza á la llama del mechero de gas. Estaba seguro de que no soñaba. Se encontraba

en el centro de un juego formidable, físico y moral, del que no tenía la clave y que, acaso, iba á aplastarle. Hacíase vagamente el efecto de un príncipe aventurero que ha pasado el límite prohibido de un cuento de hadas y que no debe asombrarse de verse presa de fenómenos mágicos que él ha afrontado desconsideradamente y desencadenado por amor...

¿Por dónde, por dónde se había marchado Cristina?

¿Por dónde volvería?...

¿Volvería?... ¡Ay!... ¿No la había dicho que todo había acabado? ¿Y no repetía la música: "El destino te encadena á mí sin esperanza?" ¡A mí!... ¿A quién?

Entonces, extenuado, vencido, perdida la cabeza, se sentó en el mismo sitio que ocupaba Cristina hacia un momento. Como ella, dejó caer la cabeza entre las manos. Cuando la levantó, corrían abundantes las lágrimas por su joven fisonomía, verdaderas y pesadas lágrimas, como las de los niños celosos, lágrimas que lloraban una desgracia que nada tenía de fantástica, pero común á todos los amantes de la tierra, y que él precisó en voz alta diciendo:

—¿Quién es ese Erik?...

## XII.

### EL SOBRE MÁGICO.

Madama Giry había sido repuesta en sus funciones, y no es ciertamente en las memorias de Moncharmin donde se puede encontrar traza de tan lamentable capitulación ante la fuerza oculta del fantasma. Por lo demás, bien fuera porque estuviese convencido de

que había sido burlado por alguien más listo que él —y pronto veremos de quién sospechará por lo menos un instante — bien que le diese vergüenza confesar ó dejar adivinar la alarma de los directores, Moncharmin no habló ya del fantasma más que de un modo vago, prudente y, muchas veces, incomprendible. No se puede dudar, por otra parte, que Richard y Moncharmin se esforzaron por sacudir, como personas razonables, el estupeor que había empezado á apoderarse de ellos en el palco número cinco, en la noche fatal. Ambos estuvieron de acuerdo para comunicarse al día siguiente que, en aquel palco infernal, no habían sentido ni observado nada de extraordinario, y la frase que les anunciaba el incidente: "Canta esta noche para hacer caer la lucerna," pasó por un juego de su imaginación excitada. Con todo, tuvieron un largo y secreto conciliábulos después de una visita tempestuosa á aquella pobre Carlota, que se había metido en la cama y no lo graba consolarse de su desdicha. Y después, pasaron toda una tarde en los tejados del monumento; un examen atento de los medios de suspensión de la lucerna los dejó muy pensativos y, aquella misma tarde, hicieron transmitir sus excusas á Madama Giry.

Inmediatamente le rogaron que volviese á tomar la dirección del palco número cinco, y resolvieron entrar en negociaciones con el F. de la O.

Pensaron que no podían adoptar mejor táctica para acabar con el misterioso personaje, que la de hacerle creer que cedían al fin á la formal tentativa de estafa escrita con tinta roja en el pliego de

condiciones. Como se ve, el estado de ánimo de los directores había sufrido una importante transformación. No pensaban ya que tenían que habérsela con un forjador de bromas pesadas, sino con un estafador de extravagante audacia. Y quisieron pescarle, de lo que resultaron unos cuantos incidentes que me han sido fielmente contados por la Giry, por Mercier el Administrador y, en fin, por el mismo Gabriel, el maestro de coros y confidente de Richard, como Mercier lo había sido de Moncharmin.

Madama Giry no parecía haber guardado rencor alguno por la lamentable actitud adoptada respecto de ella por los directores. Por lo menos, muy dignamente, no lo demostraba, y conservaba su alma en su almarío, su chal y su sombrero color de hollín. En cuanto tomó posesión de su destino Moncharmin le entregó friamente una carta para el fantasma. Ella la tomó y la metió tranquilamente en el cestillo, declarando que la haría llegar aquella misma noche á su destino.

Inútil es decir que los directores, desde aquel día, no disputaron ya su palco al huésped invisible. Al día siguiente de aquel en que le habían escrito, tuvieron su respuesta. Trájosela el correo, que nada tiene de fantástico.

"Señores, les escribía el F. de la O., tomo buena nota de sus ofrecimientos de hoy. Pero no se impacienten ustedes. Cuando llegue la hora, que no tardará, les haré saber cuándo y cómo han de hacer llegar á mis manos los 20.000 francos de mi mensualidad corriente. —P. S. He sabido que